

## Crisis económica y negociaciones con los Estados Unidos en el primer peronismo, 1949-1950: ¿un caso de pragmatismo?\*

**Mario Rapoport y Claudio Spiguel\*\***

Lejos ya de las pasiones de la época, las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos durante los dos primeros gobiernos peronistas han comenzado a examinarse con mayor rigor y objetividad en los últimos años sobre la base de archivos gubernamentales y privados —norteamericanos, británicos y argentinos—, aunque siguen existiendo análisis contrapuestos y a menudo polémicos que ponen de relieve la complejidad de las mismas.

Analizar esas relaciones supone responder a ciertos interrogantes previos. ¿Es posible identificar, como señala la mayor parte de la literatura sobre el tema, dos períodos nítidamente definidos, uno de “nacionalismo autárquico” y “estatismo” en la política económica y de estricto “tercerismo” en la política exterior, y otro de retorno a la “ortodoxia económica” y abandono de la “tercera posición”? Habría, según esta versión, un Perón nítidamente antinorteamericano; nacionalista para algunos, apoyado bajo cuerda por los británicos para otros, entre 1945 y 1949; y, posteriormente, uno más “realista”, que va buscando a través de distintas vicisitudes y contradicciones la apertura económica del país y una asociación más estrecha con los Estados Unidos. Si esto fue así, es necesario determinar las causas y el momento en que se produjo este viraje: ¿a principios de 1949 con la caída de Miranda y los cambios en el equipo económico?; ¿en 1950 con las misiones Miller y Cereijo y el crédito del Exim-Bank?; ¿en 1953 con el comienzo de la administración Eisenhower y la ley de inversiones extranjeras?

Paralelamente, existe también una interpretación predominante respecto a la política norteamericana hacia la Argentina en esos años. Cerrada oposición y boicot por parte de la administración Truman hasta 1949, o al menos hasta 1947, que se transforma luego en un intento de acercamiento sobre la base de

\* Este artículo forma parte de un proyecto más amplio realizado gracias al apoyo del Conicet y de la Universidad de Buenos Aires.

\*\* Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social (IIHES), de la Universidad de Buenos Aires- Conicet.

una política de "correcta amistad" y no injerencia en los asuntos internos; mayor colaboración, en el marco de un estrechamiento de los vínculos estratégicos y económicos, con el gobierno Eisenhower.

Como demostraremos a lo largo de nuestro trabajo esta visión de los cambios económicos y políticos en la Argentina del primer peronismo, así como de la evolución de las relaciones argentino-norteamericanas en el período, que subyace todavía en parte de la literatura sobre el tema, peca de cierto esquematismo y unilateralidad. La madeja de intereses internos y externos, gubernamentales y privados, y su incidencia en el proceso de toma de decisiones en los dos países no resulta generalmente apreciada en su verdadera dimensión y se pierden de vista las líneas de continuidad o ruptura en las diferentes políticas.

En este artículo nos proponemos estudiar los cambios en la política económica e internacional del primer gobierno peronista y, en particular, las negociaciones emprendidas con los Estados Unidos en 1949 y 1950. Estas constituyeron una respuesta a la crisis económica que comenzó a manifestarse en aquellos años, determinando replanteos en las políticas iniciales y la caída del entonces principal responsable de la conducción económica, Miguel Miranda.<sup>1</sup>

El estudio de dichas negociaciones arroja una luz particular sobre el carácter de las relaciones bilaterales; sobre los aspectos coyunturales y las tendencias históricas que marcaban las mismas y sobre los factores que empujaban a un acercamiento y los que acentuaban sus rasgos conflictivos. Pero, también, desde el punto de vista del gobierno argentino, permite analizar, en un período crítico para la continuidad del proyecto peronista, su adaptación a las nuevas contingencias, que podría ser interpretada como un compromiso ante la presión de intereses económicos de distinto signo o como un ejercicio de pragmatismo, en el marco de los límites que le imponían la naturaleza del propio proyecto, las características de la sociedad argentina, los cambios en la economía y la política mundiales y los propósitos y modo de accionar del gobierno norteamericano.

### *Antes de 1949*

A. Whitaker ha definido la política peronista de "tercera posición" en el plano internacional como la búsqueda de aumentar el "poder de regateo" o, más aún, la "posibilidad de negociar" con propósitos nacionalistas, aprovechando la ruptura Este-Oeste y balanceando el peso de las relaciones con EE.UU.

---

1. Agradecemos la colaboración de Jorge Carrizo y Ernesto Shargrodsky en la preparación de este trabajo.

a través de los vínculos con "potencias no americanas".<sup>2</sup> Orientado hacia Hispanoamérica, en oposición a un panamericanismo rígidamente subordinado al país del Norte, y practicando una política de acuerdos bilaterales contrapuesta al multilateralismo impulsado por Norteamérica, Perón habría mirado en una primera etapa hacia Europa, y en particular hacia Gran Bretaña, para "balancear" el peso de Washington en lo económico y diplomático.

Más concretamente, en la inmediata posguerra y en el plano de las relaciones económicas del país, la política peronista habría consistido sobre todo en la búsqueda por mantener el viejo esquema triangular para aprovecharlo en función de la industrialización argentina: exportar hacia Gran Bretaña y Europa a fin de obtener las divisas necesarias para la compra de bienes y equipos que en las condiciones mundiales del período sólo podían ser provistos por los Estados Unidos.<sup>3</sup>

Así, puede observarse que entre 1946 y 1948 Gran Bretaña retuvo su posición dominante como cliente individual (sólo superado por el resto de Europa Occidental en su conjunto) en las exportaciones argentinas mientras las importaciones desde EE.UU. crecieron espectacularmente (ver Gráficos I y II). Perón utilizó también el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS, que mantuvo pese a la guerra fría, y el estrechamiento de vínculos económicos con la España de Franco y otros países europeos a fin de afirmar su "tercera posición" y contrarrestar el aislamiento internacional al que lo conducía el abierto hostigamiento de ciertos sectores del gobierno y la opinión pública estadounidenses.<sup>4</sup> La tendencia principal en este período fue la de aprovechar en lo económico el triángulo argentino-norteamericano-británico (y europeo), procurando, entre otras cosas, que a través de su funcionamiento el país del Norte pusiera fin a su política de coacción hacia la Argentina y pudiera satisfacer con sus productos las necesidades locales. Como afirma un documento del Departamento de Estado:

- 
2. Arthur P. Whitaker, *La Argentina y los Estados Unidos* (Buenos Aires, 1956), pp. 234-236.
  3. En un extenso informe el entonces asesor financiero de la embajada argentina en Washington, Antonio Cafiero, señalaba esta problemática como decisiva en las relaciones económicas del país. Cf. A. Cafiero, Informe N° XXIII, "Las relaciones económico-financieras argentino-norteamericanas", Washington, 22/8/1949, Consejería Financiera, Embajada en Washington. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina (AMREC). Sobre el esquema triangular en las relaciones económicas de la Argentina entre los años 20 y 50 existe una abundante bibliografía. Como referencia puede verse M. Rapoport, *¿Aliados o Neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial* (Buenos Aires, 1988), donde se proporciona una extensa lista de la misma.
  4. Sobre las relaciones argentino-soviéticas en este período cf. M. Rapoport, *Política y Diplomacia en la Argentina, las relaciones con EE.UU. y la URSS* (Buenos Aires, 1987), cap. 1; "Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)", *Hispanic American Historical Review.*, 66:2, mayo 1986. Respecto a las relaciones con España, ver el artículo de Mónica Quijada en esta revista. Para un panorama más general sobre las relaciones con EE.UU., el reciente libro de Joseph Tulchin, *La Argentina y los Estados Unidos, Historia de una desconfianza* (Buenos Aires, 1990).

“Las bases subyacentes para el comercio bilateral con Europa permanecieron como antes de la guerra debido a la necesidad europea de materias primas argentinas”.

Pero, al mismo tiempo, se reforzaba la vinculación con EE.UU.:

“Las relaciones económicas de Argentina con los EE.UU, y la oferta de dólares disponibles en los canales del comercio internacional son de importancia primaria para el gobierno... La administración peronista hizo compras sustanciales a los EE.UU. en el período 1946-1948. Esta onerosa salida que agotó la disponibilidad de dólares de la Argentina parece haber sido hecha en la creencia de que los empréstitos y garantías de EE.UU. a Europa garantizarían una oferta nueva de dólares a la Argentina... El miedo a una tercera guerra mundial y la percepción de que los dólares y prioridades de la ECA darían a los países europeos un lugar preferencial en el mercado pueden también explicar la rapidez y extravagancia con que esas compras fueron hechas.”<sup>5</sup>

El mencionado documento también reconocía el poder de regateo que el gobierno peronista utilizó a través del manejo del IAPI “en virtud del excedente de alimentos de la Argentina y la ruina de Europa”. Una opinión diferente es la de A. Gómez Morales para quien las cosas resultaron más complejas pues, según él, la tenencia de divisas fue la contrapartida de la descapitalización del período de la guerra y además: “durante mucho tiempo tuvimos que traer y pagar del exterior lo que podíamos. Toda esa cantidad de elementos que trajo el IAPI, los jeeps y demás maquinarias”. Por eso, si “muchas de esas divisas con el criterio de un momento normal fueron malgastadas... frente a la realidad del momento, no fue así, porque el desabastecimiento duró varios años”.<sup>6</sup>

Como señala Rita Giacalone, esta política del gobierno de Buenos Aires confluía con el hecho de que por aquellos años habían cobrado fuerza en los EE.UU. importantes sectores opuestos a la línea antiperonista que en el Departamento de Estado representaba Spruille Braden, Secretario Asistente de Asuntos Latinoamericanos. En este sentido, presionaban poderosos intereses exportadores y grupos económicos surgidos del New Deal y de la industria del armamento, interesados en canalizar sus excedentes luego de finalizada la segunda guerra mundial. Pugnaban por desplazar la posible competencia europea y debilitar la vieja conexión argentino-británica, contando para esto con el apoyo del Pentágono que buscaba la standarización de equipos militares

5. OIR Report N° 4714, Washington D.C., 29-7-1948, United States National Archives (USNA), Department of State (DS).

6. *Idem Ibidem*, y entrevista a Alfredo Gómez Morales, *Historia Oral de la Política Exterior Argentina* (HOPEA), Conicet, (Buenos Aires, 1987-1989), pp. 19-20. En igual sentido ver el relato de Gómez Morales en el libro de Antonio Cafiero, *De la economía social-justicialista al régimen liberal capitalista* (Buenos Aires, 1974), pp. 335-337.

en América Latina bajo lineamientos norteamericanos y el reforzamiento de la hegemonía militar de Estados Unidos en el hemisferio.<sup>7</sup>

Estos sectores favorecían la normalización de relaciones impulsada por el embajador Messersmith en Buenos Aires, que logró éxitos crecientes hasta culminar, en junio de 1947, con la declaración del presidente Truman reconociendo el cumplimiento por la Argentina de los requisitos para su incorporación plena al sistema interamericano y con la convocatoria a la conferencia de Río de Janeiro, que había sido pospuesta por iniciativa de Braden. Este y Messersmith resultaron relevados simultáneamente de sus cargos, pero, en definitiva, fue la línea impulsada por el embajador la que acabó por imponerse.<sup>8</sup>

Sin embargo, justo en el momento en que se normalizaban los vínculos, los márgenes de negociación de la Argentina se estrecharon rápidamente. Junto con la inconvertibilidad de la libra, decretada por el Reino Unido con el apoyo norteamericano, y el lanzamiento del Plan Marshall, comenzará a irse a pique el intento de mantener el mencionado esquema triangular. En efecto, por un lado, la Argentina ya no pudo utilizar las divisas obtenidas del comercio con Gran Bretaña para seguir financiando las importaciones desde EE.UU; por otro, el Plan Marshall, pese a las promesas de los diplomáticos norteamericanos, desplazó a los productos argentinos, que el gobierno peronista esperó en vano fueran financiados con dólares frescos provistos por la ECA (Economic Cooperation Agency) en el marco del Programa de Reconstrucción Europea (ERP). La Argentina reclamó infructuosamente por la convertibilidad de la libra y la financiación ECA de sus exportaciones, pero sus gestiones se vieron condenadas al fracaso. En el caso de la libra porque respondía a un acuerdo anglo-norteamericano para frenar el drenaje de dólares de la debilitada economía británica; en el del Plan Marshall por la propia naturaleza del programa, que discriminaba de hecho a favor de la colocación de los excedentes agrícolas estadounidenses y en contra de América Latina. Tanto los norteamericanos como Gran Bretaña y otros gobiernos europeos utilizaron contra las pretensiones argentinas el argumento de los altos precios que el gobierno de Buenos Aires pretendía por sus productos de exportación. Pero esto representó un problema menor en relación a los creados por la nueva conformación que iban adquiriendo los mercados mundiales, en los que resultaba afectado el lugar tradicional ocupado por la Argentina.<sup>9</sup>

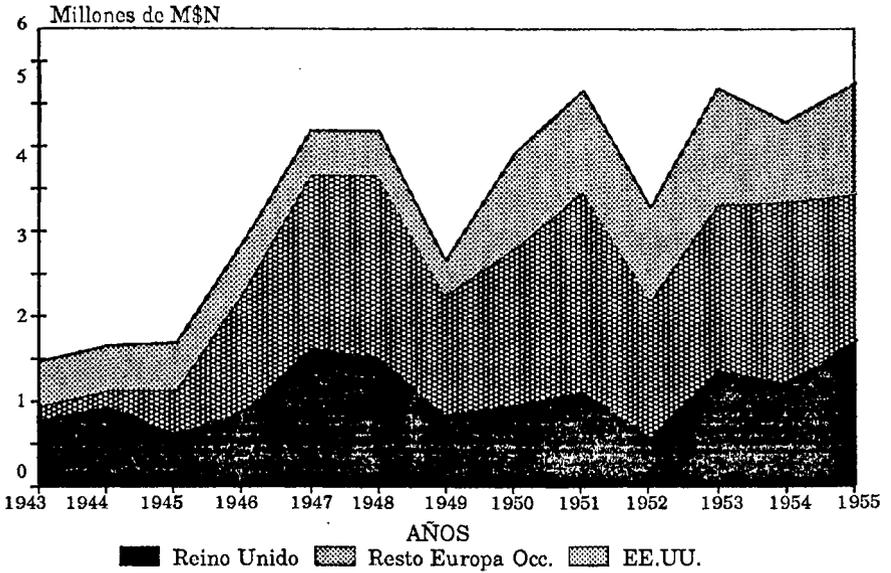
7. Cf. Rita A. Giacalone, *From bad neighbors to reluctant partners: Argentina and the United States, 1946-1950* (Indiana, 1977), tesis doctoral; C.A. Macdonald, *The US, the cold war and Perón, 1946-1950* (Warwick, 1984), mimeo.

8. Una síntesis de la abundante bibliografía sobre la polémica Braden-Messersmith puede encontrarse en Roger R. Trask, "Spruille Braden versus George Messersmith, World War II, The Cold War, and Argentine Policy, 1945-1947", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 26, Nº 1, febrero 1984, pp. 69-95.

9. Cf. J. Fodor, "Perón's policies for agricultural exports, 1946-1948: dogmatism or common sense?", en D. Rock (Ed.), *Argentina in the twentieth century* (Pittsburgh, 1975).

### GRAFICO I

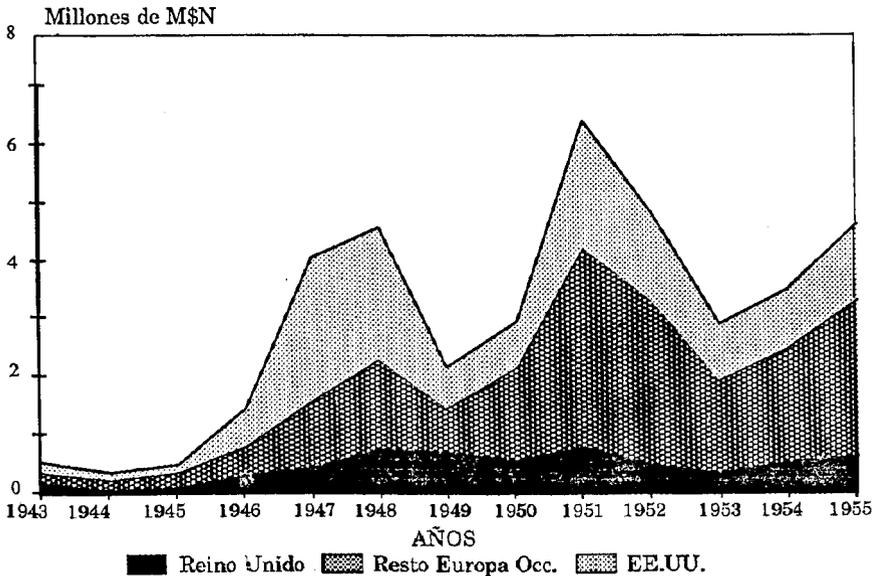
Exportaciones argentinas a EE.UU., Reino Unido y Europa Occ.



Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos.

### GRAFICO II

Importaciones argentinas desde EE.UU., Reino Unido y Europa Occ.



Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos.

Frente a esta situación, los británicos se mostraron incapaces de aprovechar su posición compradora a fin de proveer los bienes necesarios para la industrialización argentina, mientras que la nacionalización de los ferrocarriles y de otros servicios públicos eliminó gran parte de su influencia en la economía local permitiendo que los capitales norteamericanos llegasen a ser ampliamente predominantes en términos relativos. Dada esta debilidad, Gran Bretaña aplicó una estrategia de defensa de sus intereses que no pasaba ya por la rivalidad abierta con EE.UU., como antes de la guerra, ni por la rivalidad subordinada a la "gran alianza" del período bélico, sino, principalmente, por recurrir al apoyo de la potencia norteamericana para presionar sobre la Argentina. Londres se amparaba así en la prioridad que el país del Norte asignaba al fortalecimiento de la economía británica y europea en el marco de la política de contención del comunismo. Las negociaciones del acuerdo Andes de enero de 1948 reflejaron esta nueva relación anglo-norteamericana, que va a ser puesta en cuestión, como veremos más adelante, con la firma del convenio anglo-argentino de 1949.<sup>10</sup>

Por su parte, EE.UU., al asignar prioridad económica y estratégica a la reconstrucción europea y obtener mediante el Plan Marshall un mercado de salida a sus productos, relegó a América Latina a un segundo plano. Como consecuencia de ello, perdieron fuerza las presiones internas existentes en pos de una aproximación a Perón, predominando las críticas a los aspectos indeseables de su política nacionalista. Pero, si es cierto que grupos tradicionalmente hostiles a la Argentina de Perón, con eco en el Congreso, como el lobby agrícola y sectores "liberales", lograron a través de funcionarios de la ECA una discriminación deliberada contra las exportaciones argentinas, lo decisivo fue que el programa era de por sí discriminatorio para un país competidor de los excedentes norteamericanos.<sup>11</sup>

Además, aún los sectores partidarios de negociar con Perón, aprovechando la industrialización argentina para desplazar a la competencia británica y europea, se oponían al "nacionalismo estrecho y egoísta" de la política econó-

10. Cf. C.A. Macdonald, *The US, Britain and Argentina, 1946-1950* (Warwick, 1984), mimco, p. 15.

11. Cf. Tewksbury a Bruce, 25/1/1949, USNA, DS, 840.50 Recovery/1-2549. En igual sentido se pronuncia el ex ministro Ramón Cereijo: "Este plan configuró una abierta protección de los intereses agropecuarios de ese país a expensas de los exportadores argentinos... A mediados de 1948, las autoridades de dicho plan habían manifestado que comprarían todo excedente de nuestra producción, pero al propio tiempo el congreso de EE.UU. dictaba una ley estableciendo dos condiciones: 1) en ningún caso se permitirá que los países europeos beneficiados con ese plan puedan realizar operaciones a precios más elevados que los vigentes en ese momento en el mercado estadounidense; y 2) con productos agropecuarios que a juicio del Departamento de Agricultura de los EE.UU. fueran declarados en calidad de sobrantes". Entrevista a Ramón Cereijo, HOPEA (Buenos Aires, 1987-1989). Ver en igual sentido, Alfredo Gómez Morales, *Curso de Política Económica Peronista* (Buenos Aires, 1951); y A. Cafiero, *op. cit.* (Buenos Aires, 1974).

mica peronista y, especialmente, a todos los aspectos que contradecían la estrategia de “puertas abiertas” impulsada mundialmente por los EE.UU: estatismo, bilateralismo, IAPI, no incorporación al FMI y al Banco Mundial, restricciones para la movilización de capitales norteamericanos, “tercera posición” en las relaciones diplomáticas. En consecuencia, aún cuando ya no retornaría a la frontal política de coacción anterior a 1947, Washington desplegó hasta mediados de 1949 una presión económica selectiva. Buscaba forzar, vía negociaciones diplomáticas a través de la embajada en Buenos Aires, el abandono del “nacionalismo autárquico” del equipo de Miranda apoyándose en las crecientes dificultades económicas y financieras de la Argentina. “Si el gobierno es incapaz de pagar por su industrialización con dólares obtenidos libremente, por su cuenta, como aparentemente había previsto hacerlo —dice un documento del Departamento de Estado— debe pagarlo en concesiones y garantías para las compañías norteamericanas... Estas concesiones para inversiones extranjeras involucran un cambio en la naturaleza de la política exterior e interna, tal como la desarrolla la actual administración”.<sup>12</sup>

### *La crisis económica*

El año 1949 marca el inicio de una profunda crisis de la economía argentina que se prolonga tres largos años. Factores internos e internacionales concurren a explicar este proceso signado por la caída de la producción, transitoria en el sector industrial pero pronunciada en el sector agropecuario. En este último, la tendencia histórica al estancamiento productivo, visible desde la década de 1930, particularmente en la agricultura, se conjugó con la resistencia de los productores tradicionales y los intereses exportadores a la política oficial y con las graves sequías que afectaron las campañas de 1949-1950 y 1951-1952. Así se redujo el volumen físico de las exportaciones, uno de los factores de los que dependía la obtención de las divisas necesarias para importar equipos y bienes industriales. A la vez, las dificultades creadas para la colocación de los excedentes argentinos en los mercados europeos como consecuencia del Plan Marshall, y la paulatina recuperación económica del mundo desarrollado con el consiguiente deterioro de los términos del intercambio, que se manifiesta agudamente en la década de 1950, operaron en la contracción de la demanda y de los precios internacionales de los productos locales. La reducción de la oferta interna del sector agropecuario y los cambios en los mercados externos marcan el límite a una política económica, basada en una fase primaria de la industrialización por sustitución de importaciones, que daba ya muestras de agotamiento. El sector industrial, condicionado por fuertes limitaciones en el

---

12. USNA, DS, OIR Report Nº 4714, *op. cit.*

proceso de acumulación de capitales y por insuficiencias en las industrias de base, se había vuelto agudamente dependiente de los insumos externos. Llega así a un techo la política industrialista del gobierno peronista lo que determinará cambios, parciales primero, más audaces desde 1952, en su orientación económica e internacional.

Los primeros síntomas de la crisis se manifestaron en el balance de pagos. Entre 1946 y 1948 la favorable posición previa de oro y divisas del país (producto sin embargo de la fuerte descapitalización en equipos productivos de los años de la guerra) comenzó a deteriorarse como consecuencia del rescate de la deuda externa, la nacionalización de empresas extranjeras y el crecimiento de las importaciones. Pero es a partir de 1949 cuando la situación se tornó crítica pues la balanza comercial, con un saldo global positivo de 894,4 millones de dólares entre 1946 y 1948, pasó a tener un déficit de 136,5 millones de dólares. Si bien en 1950 se produjo una recuperación (en parte por una sensible reducción de importaciones) en 1951 y 1952 volvieron a existir fuertes déficits comerciales, 310,4 y 490,9 millones de dólares respectivamente, que reflejaron la brusca baja de los precios internacionales de los productos primarios, el pronunciado descenso del volumen físico de las exportaciones y la recuperación del nivel de importaciones (ver Cuadro 1).

CUADRO 1  
Comercio Exterior Argentino  
(en millones de u\$s)

	Exportaciones	Importaciones	Saldo	Intercambio
1943	603,3	237,9	365,4	841,2
1944	674,4	264,3	410,1	938,7
1945	728,2	300,5	427,7	1.028,7
1946	1.155,0	587,3	567,7	1.742,3
1947	1.600,3	1.340,5	259,8	2.940,8
1948	1.629,9	1.563,0	66,9	3.192,9
1949	1.044,6	1.181,1	-136,5	2.225,7
1950	1.177,3	964,2	213,1	2.141,5
1951	1.169,4	1.479,8	-310,4	2.649,2
1952	688,4	1.179,3	-490,9	1.867,7
1953	1.125,1	794,9	330,2	1.920,0
1954	1.026,9	978,8	48,1	2.005,7
1955	928,4	1.173,2	-244,8	2.101,6

Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos. *Síntesis Estadística Mensual de la República Argentina* (1943-1955). Elaborado en base al tipo de cambio promedio citado por C. F. Díaz Alejandro, en *Ensayos sobre Historia Económica Argentina* (Buenos Aires, 1975). Apéndice Estadístico, cuadro 21.

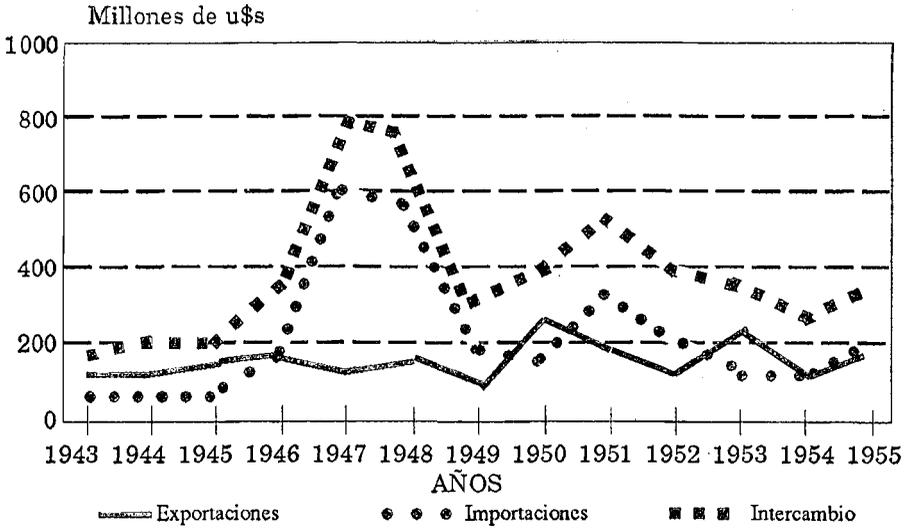
En el estrangulamiento de la balanza de pagos jugó un papel destacado el creciente endeudamiento con EE.UU., que se produjo en su mayor parte como consecuencia de los saldos negativos en el comercio con esa nación: 933,3 millones de dólares entre 1947 y 1949, revirtiendo lo sucedido durante la segunda guerra mundial (ver Cuadro 2). La importancia de este intercambio se revela por el hecho de que el país del Norte proveyó en esos años entre el 30% y el 45% de las importaciones argentinas y en algunos rubros, como maquinarias y vehículos más del 50%. En el Gráfico IV se puede observar la incidencia global de EE.UU. como proveedor y demandante de los productos argentinos.

**CUADRO 2**  
Comercio Exterior con Estados Unidos  
(en millones de u\$s)

	Exportaciones	Importaciones	Saldo	Intercambio
1943	146,3	45,3	101,0	191,6
1944	153,2	39,9	113,3	193,1
1945	161,4	41,4	120,0	202,8
1946	173,3	167,6	5,7	340,9
1947	159,1	609,3	-450,2	768,4
1948	158,0	577,5	-419,5	735,5
1949	112,0	175,4	-63,4	287,4
1950	240,5	157,5	83,0	398,0
1951	206,2	310,2	-104,0	516,4
1952	174,7	216,8	-42,1	391,5
1953	213,3	135,3	78,0	348,6
1954	140,7	138,4	2,3	279,1
1955	166,6	171,9	-5,3	338,5

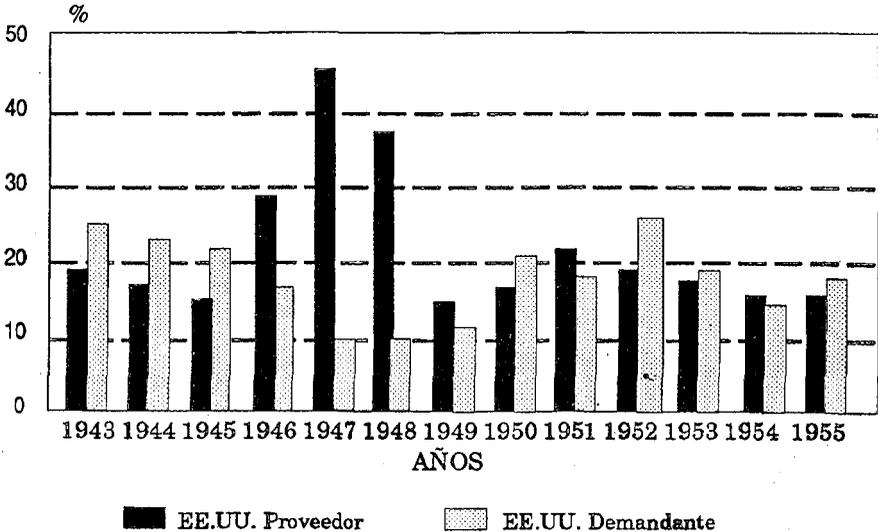
Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos.

**GRAFICO III**  
Comercio Exterior con EE.UU.



Fuente: Cuadro 2

**GRAFICO IV**  
Incidencia de EE.UU. como proveedor y demandante



Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos

Como resultado de este panorama se habían acumulado, a principios de 1949, créditos impagos con los bancos norteamericanos por valor de 300 millones de dólares, a lo que se sumaba la imposibilidad por parte de empresas norteamericanas de enviar las remesas a su país a raíz de las restricciones cambiarias impuestas por el gobierno.<sup>13</sup> Esto redujo a un mínimo el crédito de los exportadores norteamericanos mientras que la escasez de dólares de la Argentina llevó a una disminución drástica de las importaciones desde EE.UU., que pasaron de 577,5 millones de dólares en 1948 a 175,4 en 1949 y 157,5 en 1950.

La continuidad de la política económica, cuyo principal responsable era el presidente del Consejo Económico Nacional, el industrial Miguel Miranda, se vió puesta en cuestión desde mediados de 1948 por los reiterados fracasos argentinos en lograr una financiación de la ECA para participar en el Plan Marshall y obtener así los dólares necesarios para comprar en EE.UU. Miranda era cada vez más criticado en el exterior y en su propio país. La activa política del IAPI, la defensa de precios remunerativos para los productos de exportación argentinos (que llevó al gobierno a retener saldos exportables — caso de los aceites de lino y girasol — por casi dos años), el firme bilateralismo en el comercio exterior y las restricciones que afectaban la operatoria de firmas extranjeras, constituyeron el blanco principal de las críticas externas.

Según los diplomáticos norteamericanos un amplio espectro de fuerzas dentro del propio gobierno peronista buscaba también anular la influencia de Miranda. Si a principios de 1948 el Departamento de Estado ubicaba todavía a los sectores nacionalistas “más extremos” como los principales opositores de Miranda, pensando que su salida del gobierno podía dificultar aún más las relaciones con EE.UU., a mediados de ese año se percibía la formación de un grupo amplio y heterogéneo que cuestionaba la política externa de Miranda en un sentido diferente:

“A comienzos de julio se formaron al menos dos grupos dentro del gabinete en la cuestión de las relaciones económicas entre la Argentina y EE.UU.; Miranda continúa impulsando su política basándose en que la Argentina podría hacer frente a la crisis actual y eventualmente asegurar los bienes necesarios para el programa de industrialización. Los ‘moderados’ están deseosos de recobrar una economía firme y han perdido obviamente mucha de su fe previa en la capacidad de Miranda, incluidos Perón, Bramuglia, Sosa Molina y Molinari. Este grupo representa al ejército, a los nacionalistas moderados (Bramuglia y Perón) y a los nacionalistas más extremos (Molinari)... la presencia de Sosa Molina, el más poderoso representante de las fuerzas armadas, es un signo del interés del ejército en la obtención de dólares con los que comprar equipamiento norteamericano. La de Molinari, el hombre que ha hecho más por denunciar al ‘imperio-

---

13. Ray al Secretario de Estado, Bs. As., 4/1/1949, Foreign Relations of the United States (FRUS), 1949, Vol. II, p. 473.

lismo del dólar' norteamericano, indica que al menos un sector de los nacionalistas está deseoso, bajo la presión de la crisis, de cooperar con los EE.UU. Esto puede también indicar una percepción de que las concesiones a los planteos norteamericanos sólo serían temporarias y no interferirían necesariamente en el largo plazo con políticas nacionalistas".<sup>14</sup>

No sorprende que, en estas circunstancias, el 19 de enero de 1949 Miranda presentase su renuncia y fuera reemplazado por un equipo económico, que trabajaría en forma más colegiada, integrado principalmente por Ramón Cereijo, nuevo presidente del CEN y ministro de Hacienda; Alfredo Gómez Morales, presidente del Banco Central; Roberto Ares, ministro de Economía y Constantino Barro, ministro de Industria. La crisis del sector externo y las disputas dentro del gobierno producirán en agosto la renuncia de otro pilar de la política inicial del peronismo, el canciller Bramuglia, a quien el Departamento de Estado venía considerando el exponente más "moderado" de la administración peronista.<sup>15</sup>

### *El nuevo equipo económico y los cambios en la política económica y exterior*

El nuevo equipo económico se abocó a la tarea de hacer frente a los problemas creados por el estrangulamiento externo de la economía argentina: mientras buscaba dar salida a las exportaciones procuró restringir en lo inmediato las compras en el exterior con una política de mayor rigidez en la concesión de permisos de cambio. Moderando el impulso industrializador, planteará la prioridad de recuperar la producción agropecuaria mediante una modificación de la política agraria vigente. Esto se reflejará en diversas medidas de estímulo al sector y sobre todo en una disminución del rol del IAPI: éste perderá autonomía financiera pasando a depender del ministerio de Economía y gradualmente irá abandonando su función monopólica en la intermediación de los

14. OIR Report Nº 4714, *op. cit.*; Ray al Secretario de Estado, Buenos Aires, 5/1/1948, USNA, DS, 711-35/1-548.
15. Respecto a la apreciación sobre Bramuglia como partidario de una normalización en las relaciones con EE.UU. ver Ray al Secretario de Estado, Buenos Aires, 4/1/1949, *op. cit.*; Ray a Acheson, 23/3/1949, FRUS, 1949, Vol II, p. 490. En cuanto a la caída de Bramuglia varios protagonistas de la época lo atribuyen en gran parte a las intrigas de Remorino, embajador en Washington y con quien se hallaba enfrentado, y a la influencia de Eva Perón. Cf. Miller a Mallory, Washington, 12/9/1949, FRUS, 1949, Vol II, pp. 509-511; Bruce al Secretario de Estado, Buenos Aires, 15/8/1949, USNA, DS, 835.021/8-1549. Lo certifican también del lado argentino los testimonios del sucesor de Bramuglia en el cargo, Hipólito J. Paz, y el de A. Gómez Morales. Cf.: Entrevista a Hipólito J. Paz, HOPEA. (Bs. As., 1987-1989), y Entrevista a Gómez Morales, *op. cit.* Sobre las negociaciones anglo-argentinas para el convenio de 1949, cf. C. Escudé, *La Argentina versus las grandes potencias* (Buenos Aires, 1986), parte I.

principales rubros de exportación para pasar a privilegiar en forma creciente el otorgamiento de subsidios a la producción agropecuaria. Uno de los aspectos más sobresalientes de este cambio es, por un lado, el fin de la intervención del IAPI en la comercialización de diversos tipos de carnes y, por otro, el apoyo financiero a los frigoríficos según los vaivenes de la relación comercial con Gran Bretaña. Desde 1949 la comercialización de una parte importante de las exportaciones pasó a manos privadas.<sup>16</sup>

El objetivo primordial fue el de encontrar una salida al problema de la escasez de dólares y reactivar, sobre todo, la importación de bienes esenciales, como los combustibles, cuyo abastecimiento se había tornado crítico. Dos fueron las líneas principales de acción en el área de las relaciones económicas internacionales, una dirigida hacia Inglaterra y la otra hacia los EE.UU.

En el primer caso, expirando el acuerdo Andes a principios de 1949, se entablaron negociaciones dirigidas a concretar un nuevo convenio comercial, las que giraron fundamentalmente en torno al precio de las carnes de exportación, al abastecimiento de bienes esenciales, como petróleo y carbón, y a la búsqueda de una garantía para prevenir posibles devaluaciones de la libra.

Por otro lado, ante la necesidad de restablecer las compras en EE.UU. y de hacer frente a la dureza de los planteos norteamericanos, que condicionaban toda negociación comercial y financiera al abandono de los principales lineamientos de la política económica argentina, el gobierno peronista comenzó a tomar un conjunto de iniciativas. El Banco Central destinó un 20% del total de ingresos mensuales en dólares a la liquidación de los atrasos comerciales con los bancos y exportadores estadounidenses, cifra que se aumentaría posteriormente a un 30%. Un segundo paso fue la propuesta, elevada por el embajador Remorino al Departamento de Estado, de establecer un comité conjunto de estudios comerciales con funcionarios argentinos y norteamericanos a los fines de analizar posibles soluciones al problema financiero planteado y activar el comercio bilateral, particularmente las ventas de bienes argentinos en los EE.UU.<sup>17</sup>

En forma más global el gobierno argentino dio respuesta a los planteos sobre la rectificación de la política económica formulados por el Departamento de Estado. Eran catorce puntos "discutidos por el gabinete entero, incluido el presidente" que contestó el canciller Bramuglia en forma de instrucciones al embajador Remorino. Sintéticamente, frente a las exigencias norteamericanas que implicaban la apertura y liberalización amplia de la economía argentina,

---

16. S. Novick, *IAPI: Auge y decadencia* (Buenos Aires, 1986), pp. 55-58; Laura Randall, *Historia económica de la Argentina en el siglo XX* (Buenos Aires, 1983).

17. Memorandum de conversación (Remorino, Scarpati, Daniels, Atwood, Dearborn), Washington, 10/5/1949, USNA, DS, 711.35/5-1049; Atwood a Daniels, Washington, 19/5/1949, FRUS, 1949, Vol. II, p. 499; *Memoria del Banco Central de la República Argentina, 1949*, pp. 32-33.

el gobierno peronista negaba la existencia de prácticas discriminatorias respecto del comercio y las inversiones estadounidenses y volvía a alegar que eran las circunstancias internacionales ajenas a su política, particularmente las restricciones a las exportaciones en dólares, las que condicionaban la posición financiera del país. Ratificando en lo fundamental su política económica, enfatizaba sin embargo su voluntad de negociar para lograr un incremento del flujo comercial bilateral, graficada en los pagos mensuales establecidos para cancelar la deuda, y en otros compromisos vinculados con la reducción del papel del IAPI en el intercambio con los EE.UU. Al mismo tiempo, se daban seguridades sobre una interpretación restringida del controvertido artículo 40 de la nueva constitución de 1949 respecto a la nacionalización de los servicios públicos.<sup>18</sup>

A pesar de sus reticencias, los funcionarios del Departamento de Estado consideraron alentadores estos indicios de una nueva voluntad negociadora por parte de la Argentina. Así opinaba, por ejemplo, el encargado de negocios norteamericano, Guy Ray:

“Conociendo la conducta anterior de esta administración, este documento demuestra un considerable cambio de actitud mental en la dirección correcta. Sinceramente confío en que el Departamento (de Estado) no rechace a Remorino... Estamos todavía lejos de cantar victoria pero los hemos golpeado duramente y están lentamente aproximándose a nuestros puntos de vista en los problemas económicos y financieros... el único modo de lograr algo es tratarlos educadamente y con tacto pero mantener una presión firme y constante sobre ellos sin darles la oportunidad de sentir que relajamos la presión y les damos un momento de respiro”<sup>19</sup>

Un lenguaje crudo que derivaba, sin embargo, en conclusiones más prácticas:

“Si bien no era la ocasión —reflexionaba unos días más tarde otro diplomático estadounidense— para un optimismo desmesurado se percibió que constituía una coyuntura estratégica para alentar a los elementos pro-norteamericanos y pro-libre-empresa en el gobierno argentino, que aparecían, por el momento, predominando sobre los grupos más antinorteamericanos y nacionalistas...”<sup>20</sup>

Mientras se producían estas reuniones, a través de las cuales Perón pretendía dar una respuesta a la rigidez norteamericana para superar la situación de “impasse” sin hacer concesiones que implicaran un cambio drástico de la

18. Ray a Daniels, Bs. As., 13/5/1949, USNA, DS, 711.35/5-1349. Cf. también Ray al Secretario de Estado, Bs. As., 29/3/1949, FRUS, 1949, Vol. II, pp. 493-494.

19. Ray a Daniels, Washington, 13/5/1949, *op. cit.*

20. Atwood a Daniels, Washington, 19/5/1949, *op. cit.*

política económica argentina, la firma del convenio comercial anglo-argentino del 27 de junio de 1949 provocaría nuevas fricciones en las relaciones con EE.UU., aunque constituiría también un punto de inflexión en las negociaciones del gobierno estadounidense con la Argentina y terminaría abriendo nuevas instancias de aproximación mutua.

El mencionado convenio tenía una duración de 5 años e implicaba, fundamentalmente, el intercambio de carne, cereales y otros productos agrarios, por un valor estimado de 129 millones de libras esterlinas, por carbón, petróleo y diversos bienes industriales por un valor aproximado de 121 millones de libras. Los pagos deberían hacerse únicamente en libras.<sup>21</sup> Su firma produjo de inmediato una gran conmoción en EE.UU., no sólo por sus posibles efectos en las relaciones económicas argentino-norteamericanas sino por lo que podía representar en el comercio internacional y en la vinculación Estados Unidos-Europa.

Desde Washington, el Secretario de Comercio estadounidense afirmaba en una carta al Departamento de Estado poco antes de firmarse el convenio, que éste, cuyos términos ya habían trascendido, tendía a excluir a "los intereses norteamericanos de mercados en cuyo desarrollo han gastado mucho esfuerzo y dinero durante años ... si se implementa por completo dará al Reino Unido una proporción mayor en el comercio con la Argentina a la que gozaron en cualquier tiempo en el presente siglo. Mientras estamos abogando por políticas de comercio multilateral —concluía— permitir que se concreten acciones como éstas sin que las enfrentemos seriamente sólo puede resultar en el fracaso de nuestra política comercial externa."<sup>22</sup>

Las críticas más fuertes se dirigían a Gran Bretaña: así, por ejemplo, después de enjuiciar el hecho de que los británicos no habían acordado previamente una acción conjunta con EE.UU. y señalar que la duración del acuerdo iba mucho más allá de lo que estaría justificado por la coyuntural escasez de dólares que padecía el gobierno de Londres, otro funcionario norteamericano afirmaba: "a menos que los británicos se muestren incapaces de cumplir... considero el acuerdo como el más serio golpe a los intereses de negocios norteamericanos en la Argentina desde la negociación del pacto Roca-Runciman, en 1933."<sup>23</sup> La visión más común dentro del gobierno estadounidense era que brindaba a los proveedores británicos la monopolización efectiva del mercado local del petróleo y ataba estrechamente el comercio exterior argentino a los intereses del Reino Unido.<sup>24</sup>

21. *Memoria del Banco Central de la República Argentina*, 1949, pp. 50-51.

22. El Secretario de Comercio al Secretario de Estado Asistente, Washington, 7/6/1949, FRUS, Vol. II, p. 504. Cf. Colin Lewis, "Anglo-Argentine Trade, 1945-1965", en David Rock (Ed.), *op. cit.*; y C. Escudé, "La Argentina versus...", *op. cit.*

23. Atwood a Bruce, Washington, 28/7/1949, FRUS, 1949, Vol. II, p. 507.

24. El Secretario de Comercio al Secretario de Estado Asistente, Washington 7/6/1949, FRUS, *op. cit.*

## Las negociaciones comerciales y financieras de 1949 y el Comité Conjunto

Pero aún en el contexto del convenio anglo-argentino y de los ataques periodísticos contra EE.UU. los funcionarios del Departamento de Estado recibían repetidas señales de la voluntad negociadora del gobierno peronista. El debilitamiento de las relaciones económicas se debía —según éste— a la escasez de dólares y la Argentina tenía interés en solucionar ese problema para aprovisionarse nuevamente en EE.UU.<sup>25</sup> El relevo en el ministerio de Relaciones Exteriores de Bramuglia por Hipólito J. Paz, constituyó un paso adelante para hacer avanzar las negociaciones. “Ha llegado el momento de apaciguar, —le habría expresado Perón a Paz al ofrecerle el cargo— atenuar nuestra posición beligerante, que por razones políticas tuvimos que tomar con los Estados Unidos. Comienza ahora una etapa de búsqueda de un entendimiento sobre la base, por supuesto, de intereses recíprocos, intereses compensatorios de un mutuo respeto entre los dos países”.<sup>26</sup> También el embajador Remorino, uno de los que contribuyeron a la caída de Bramuglia, buscaba afianzar su imagen en EE.UU. presentándose como el puente para una normalización de las relaciones, y atribuyendo al ex-canciller parte de la responsabilidad por las anteriores desinteligenacias entre ambas naciones.<sup>27</sup>

Mientras tanto, en el congreso argentino varios diputados peronistas pasaban a defender la cooperación argentina con los Estados Unidos en relación a la defensa hemisférica y a los asuntos económicos frente a las objeciones del partido Radical, especialmente del diputado Arturo Frondizi que ya había criticado en duros términos el convenio anglo-argentino.<sup>28</sup>

Las razones económicas que fundamentaban la necesidad de esta nueva política de acercamiento pueden encontrarse en un informe de la embajada argentina en Washington que suscribía el asesor financiero, Antonio Cafiero. En lo inmediato —dice este informe— se trataría de conseguir dólares con los cuales importar los bienes de capital e intermedios necesarios para la economía argentina “y cancelar la deuda comercial buscando una fórmula que sin afectar el prestigio político del país sea lo suficientemente rápida en su ejecución que apareje inmediatos beneficios para nuestra economía”. Para ello proponía considerar la posibilidad de un crédito comercial recíproco que contemplara incluso la posibilidad de participación del Exim-Bank, aunque reconocía las

25. Cf. Bruce al Secretario de Estado, Bs. As., 10/6/1949, FRUS, *op. cit.*

26. Entrevista a Hipólito J. Paz, HOPEA, *op. cit.*, pp. 13-14.

27. Cf. Miller a Mallory, Washington, 12/9/1949, FRUS, 1949, Vol. II, pp. 509-510.

28. Cf. referencias en Remorino a H. Paz, Washington, 1/9/1949, Exp. N° 8, 1949, Caja 19, Dep. Político, EE.UU., AMREC. Ver también el periódico *Evening Star* del 1/9/1949.

dificultades de un acuerdo de ese tipo por la oposición norteamericana a los convenios bilaterales.<sup>29</sup>

A más largo plazo el informe analizaba las posibles iniciativas para propender al equilibrio de la balanza de pagos con los EE.UU.: se debían buscar ahora nuevas formas de equilibrio, como el incremento de las exportaciones argentinas hacia el país del Norte, aunque los márgenes existentes en este sentido eran bastantes estrechos dada la competitividad de ambas economías. Otra vía de solución debía provenir de las llamadas "exportaciones invisibles", es decir, del incremento de inversiones de capital norteamericano, que al mismo tiempo que contribuirían al adelanto tecnológico del país posibilitarían, del lado estadounidense, la creación de un fondo en dólares en el exterior que podría ingresar nuevamente a EE.UU. en forma de compras en ese mercado. Para facilitar dichos objetivos el informe proponía celebrar un nuevo tratado de "amistad, comercio e inversiones".<sup>30</sup>

El clima estaba dado en ambos lados. El gobierno argentino, sin duda, intentó aprovechar el efecto en los EE.UU. del convenio anglo-argentino (al que lo habían empujado el estrangulamiento externo y la escasez de combustibles) para obtener mejores condiciones de negociación con el país del Norte, logrando que el Departamento de Estado flexibilizara sus posiciones y limitando en lo posible la envergadura de las concesiones a efectuar dentro del nuevo rumbo adoptado. A la vez, seguían incidiendo en Buenos Aires las percepciones sobre la proximidad de una tercera guerra mundial que determinaban la necesidad de un acercamiento con Washington, tanto para ampliar las exportaciones argentinas aprovechando la posible coyuntura bélica, como para sortear el peligro de la escasez de bienes y equipos industriales que pudiera resultar de ella. En la misma dirección presionaban las fuerzas armadas que continuaban manifestando un fuerte interés en abastecerse en EE.UU. y no perder el equilibrio estratégico con Brasil, como lo testimonian distintos episodios: la visita a Washington del ministro de guerra Sosa Molina en 1948, las compras de equipos y armamentos efectuados hasta mediados de 1949 y limitadas por la escasez de dólares, las gestiones argentinas para la compra de naves de guerra para la armada en competencia con Brasil, Chile y Perú y el interés por la standardización de equipos según líneas norteamericanas.<sup>31</sup>

29. Cf. A. Cafiero, Informe N° XXIII, "Las relaciones económico-financieras argentino-norteamericanas", Washington, 22/8/1949, *op. cit.*

30. *Idem Ibidem*. Las nuevas reglas impuestas por el peronismo en la Argentina impedirían, según el informe, cualquier forma de dominación o sujeción que pudiera resultar de tales acciones. Cafiero concluía, sin embargo, que esta política tendría un carácter coyuntural dado que "la masa, el volumen de su comercio (el de la Argentina) está determinado por razones naturales hacia otro gran mercado que es el europeo... pero ello será posible cuando Europa —si puede— recupere su posición de centro cultural, científico y productor de otrora".

31. Cf. Remorino a Paz, Washington, 23/9/1949, Informe del Agregado Naval de la embajada en Washington, 24/8/1949, EE.UU., Exp. N° 8, 1949, AMREC.

Del lado norteamericano no faltaban tampoco motivos para una aproximación con Buenos Aires. Ya señalamos la preocupación existente por la firma del convenio con Inglaterra que parecía "reverdecer", como señala Peterson, la antigua rivalidad anglo-norteamericana por el mercado argentino, aunque en condiciones sin duda distintas por la debilidad británica y el profundo contraste entre el régimen peronista y los gobiernos conservadores del pasado.<sup>32</sup> Uno de los ejes principales de la nueva rivalidad eran los intereses petroleros. Debido a la monopolización por parte de Gran Bretaña del petróleo comprado por la Argentina, las compañías estadounidenses que operaban localmente dependían del aprovisionamiento que les brindaba YPF, limitadamente y con recargo, de petróleo proveniente del área de la libra. De allí que el desarrollo de las negociaciones argentino-norteamericanas de 1949-1950 hayan sido consideradas en parte como una expresión del contraataque de los intereses petroleros del país del Norte en un período de competencia petrolera mundial que sólo se atenuaría con la ampliación de los mercados internacionales resultante del conflicto coreano.<sup>33</sup>

Esta preocupación norteamericana por el mercado argentino se vinculaba a la situación económica del país del Norte y a los cambios que se estaban produciendo en el comercio mundial. La economía norteamericana atravesaba desde el último tercio de 1948 un período recesivo que duraría hasta mediados de 1950, y se generalizaba en los EE.UU. el temor a una crisis económica internacional de proporciones. La recesión se manifestaba en la declinación de las exportaciones. Estas, aunque representaban sólo un 7% del PBI y aproximadamente un 10% de la producción en rubros fundamentales, eran consideradas por la administración Truman como claves para mantener el pleno empleo y garantizar el rol de EE.UU. en la economía occidental en el marco de la contención del comunismo.<sup>34</sup> Al mismo tiempo, crecía la inquietud de los exportadores norteamericanos por la cercana finalización del programa de recuperación europea, con la doble consecuencia de la reducción de ese mercado y la creciente competencia de los mismos países europeos en otras regiones.

32. Harold Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos, 1810-1960* (Buenos Aires, 1970), p. 543.

33. Cf. Marcos Kaplan, *Gobierno peronista y política del petróleo en Argentina, 1946-1955* (Venezuela, 1971), pp. 130-135. Cf. también Remorino a Paz, Washington, 22/11/1949, Exp. Nº 8, 1949, Caja 19, Depto. Político, EE.UU., AMREC.

34. En 1947 las exportaciones norteamericanas representaron 1/3 de las exportaciones mundiales, en 1948 disminuyeron a 1/4 y en 1949 a 1/5. Cf. T. G. Paterson. "The quest for peace and prosperity", en B. J. Bernstein (Ed.), *Politics and Policies of the Truman Administration* (Chicago, 1970), pp. 87-97. Cf. también Ross M. Robertson, *Historia de la Economía Norteamericana*, (Buenos Aires, 1959). Según este autor la producción industrial estadounidense cayó en 1949 en un 10% y el PBI en un 4%. La guerra de Corea permitiría luego una rápida recuperación que duraría tres años.

Frente a este panorama el Departamento de Comercio de los Estados Unidos planteaba la necesidad de sortear el problema de la escasez mundial de dólares comprando para poder vender. El excedente comercial con Europa permitiría compensar déficits comerciales con otras áreas a fin de permitir a éstas obtener dólares para comprar en EE.UU.<sup>35</sup>

Respecto al caso particular de la Argentina debían tenerse en cuenta los sectores internos que en EE.UU., resistían o favorecían un acercamiento. El sector agrícola-ganadero, celoso de la competencia de los productos argentinos, era adversario de cualquier aproximación. Lo que teniendo en cuenta su peso político en el gobierno Truman (sus votos, antes favorables a los republicanos, habían consagrado la reelección del mismo en 1948), lo transformaban en un serio obstáculo para una mejora en las relaciones. El sector industrial y comercial buscaba, por el contrario, conservar y adquirir nuevos mercados, sosteniendo la necesidad de aumentar las importaciones de materias primas, entre ellas las de la Argentina. La importancia histórica del mercado argentino también jugaba un rol al respecto pues, como señalaba un funcionario norteamericano, la Argentina era un mercado sobresaliente para las mercancías norteamericanas "siendo en años recientes el séptimo en el mundo, y en América Latina el más grande entre 1927 y 1929".<sup>36</sup> A su vez, desde un punto de vista estrictamente político pesaban en el gobierno norteamericano la previsión de un nuevo conflicto bélico y el temor a la expansión del comunismo así como la necesidad de subordinar las relaciones con América Latina a la recuperación de Europa.

A estos poderosos factores que impulsaban un acercamiento se sumaba la necesidad estratégica de fortalecer el sistema interamericano dado el enrarecimiento de la situación internacional, que pronto colocaría al mundo al borde de una nueva guerra con el conflicto de Corea. La creación de la OTAN, la debacle de la política norteamericana en Asia a raíz del triunfo de la revolución china y el acelerado rearme de las grandes potencias empujaban a los EE.UU. a lograr de Buenos Aires la ratificación del TIAR, el sistema de defensa continental aprobado en Río de Janeiro y que el congreso argentino aún no había convalidado.<sup>37</sup>

En la segunda mitad de 1949, las negociaciones entre los dos países comenzaron a acelerarse. Ya en julio, un enviado del Departamento de Comercio norteamericano, T. O'Keefe, entrevistó a Ares y Gómez Morales, quienes

35. Cf. R.A. Giacalone, *op. cit.*, pp. 226-227 y 234-235; Ross M. Robertson, *op. cit.*, p. 570. Sin embargo, los planteos del gobierno eran resistidos en el congreso por sectores proteccionistas, cf. Congressional Records, Senate, Vol. 95, VII, 81 Congreso, 1ra. sesión, 19/6/1949.

36. Tewksbury a Nufer, Washington, 25/8/1949, USNA, DS, 611.3531/8-2549. Cf. también A. Cafiero, Informe N° XXII, *op. cit.*, pp. 4-5. Sobre el rol de los grupos económicos en EE.UU. respecto a la política hacia la Argentina en la segunda guerra mundial, cf. M. Rapoport, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas* (Buenos Aires, 1980), cap. IV.

37. R.A. Giacalone, *op. cit.*, p. 213.

aseguraron el interés argentino por incrementar las exportaciones hacia EE.UU., alentar las inversiones extranjeras, y obtener un crédito a largo plazo para importar grandes cantidades de equipos industriales.<sup>38</sup> A principios de agosto el ex-consejero de la embajada en Buenos Aires, Guy Ray, planteaba, ante hombres de negocios norteamericanos, que la Argentina era “indudablemente la nación rectora de Latinoamérica” y que no podía haber “una verdadera unión americana” sin ese país. A su juicio, “la revolución argentina del año 1943 había significado un cambio muy importante para el país. El régimen conservador cayó para siempre —decía— y el movimiento que se inició no podrá ser contenido... la evolución operada es profunda y los hombres que la dirigen decididos”. Ray se oponía al trato que la prensa norteamericana brindaba al presidente Perón y a su esposa y en el aspecto comercial señalaba que se debían dar facilidades de venta a los productos argentinos en los Estados Unidos, “con el objeto de que, con lo producido, puedan adquirir los nuestros: esta es la única solución”. Las restricciones a la compra de carnes argentinas se debían, para él, a cuestiones políticas internas. “Todos conocemos que hay fiebre aftosa en la Argentina —señalaba—, pero también sabemos que es más benigna que la que tenemos en EE.UU. Lo que pasa es que los ganaderos del Oeste y Medio-Oeste, o sus representantes políticos, han tomado esta excusa para no permitir la competencia argentina en la venta de sus carnes... No es la Argentina la que dificulta el comercio —concluía Ray— sino que son las circunstancias actuales de divisas y mercados”.<sup>39</sup>

El 6 de septiembre se realizó la primera reunión del Comité Conjunto Argentino-Norteamericano de Estudios Comerciales y Financieros. Este organismo, que había sido propuesto por la Argentina en mayo, funcionaría en Washington hasta fines de diciembre, luego de lo cual se trasladaría a Buenos Aires. En él participaron por la Argentina, junto a funcionarios de la embajada, dos enviados especiales del gobierno peronista: J. Juncosa Seré y J.J. Brignoli, del ministerio de Economía y el Banco Central respectivamente. Por los EE.UU. presidió el comité Albert Nufer (más tarde embajador en Buenos Aires) y funcionarios de los Departamentos de Estado y Comercio. Las negociaciones se orientarían por ambos lados a lograr una reactivación del comercio bilateral. Si por un lado, para los argentinos, el propósito era el de incrementar las entradas en dólares a fin de solucionar sus necesidades de abastecimiento de materias primas y bienes industriales, los funcionarios estadounidenses, aceptando la inquietud argentina, pondrán énfasis en resolver la “impasse” financiera creada por las deudas comerciales con exportadores norteamericanos.<sup>40</sup>

38. Greenup a Bruce, Washington, 18/7/1949, USNA, DS, 835.50/7-1949.

39. Citado en Pastore a Bramuglia, San Francisco, 4/8/1949, Exp. 7-8, 1949, Dep. Político, EE.UU., AMREC, discurso de Guy Ray, “La Argentina de Hoy” en el Marine Memorial Club de San Francisco.

40. Cf. Memorandum de conversación, Washington, 6/9/1949, USNA, DS, 611.3531/9-649.

Los trabajos del Comité se centraron en dos áreas: la comercial y la financiera. Los representantes argentinos se mostraron interesados en discutir un nuevo tratado de comercio e inversiones que reemplazaría al de 1941. Pero esto implicaba liquidar primero los atrasos comerciales y en dividendos de las empresas estadounidenses en la Argentina, para lo cual se necesitaba una asistencia financiera. Los argentinos se oponían en principio a aceptar préstamos gubernamentales o donaciones, como las del Plan Marshall, aunque no excluían la posibilidad de recibir algún tipo de crédito. Otras formas para conseguir dólares eran, para ellos, la de obtener financiación de la ECA para exportar a Europa, estimular el flujo de capital norteamericano a la Argentina e incrementar el turismo.<sup>41</sup>

Simultáneamente a estas conversaciones la voluntad negociadora de la Argentina se veía ratificada por una devaluación del peso argentino en el mercado libre respecto del dólar de 4,80 a 9, con tasas diferenciales según los mercados a fin de alentar "las exportaciones a las áreas de moneda difícil (vg. EE.UU.) y desanimar menos (de lo que podría resultar de una devaluación directa) las importaciones de las áreas de moneda débil (vg. Gran Bretaña)". La decisión argentina era consecuencia en gran parte de la devaluación de la libra que afectaba los precios de la carne y del petróleo desfavorablemente para la Argentina (bajaban los primeros fijados en libras y se incrementaban los segundos cotizados en dólares de acuerdo al convenio anglo-argentino). A partir de entonces la vinculación con Gran Bretaña entraría en una zona de conflictos que marcarían el principio del fin de la larga "relación especial" entre ambos países. Aumentaba así aún más la necesidad de un acuerdo con los Estados Unidos.<sup>42</sup>

El 15 de diciembre el Comité Conjunto produjo un informe final donde analizaba el estado de las relaciones. Para incrementar y diversificar las exportaciones argentinas solucionando el problema de la escasez de dólares se proponía flexibilizar las disposiciones restrictivas, de naturaleza sanitaria o tarifaria, del mercado norteamericano. A los rubros principales de exportación, como la lana, la carne enlatada, cueros y extracto de quebracho, se proponía agregar carne fresca proveniente de Tierra del Fuego, cuyas características insulares la hacían libre de las interdicciones sanitarias del país del Norte. Se planteó también la necesidad de favorecer las exportaciones hacia Europa y la

41. Cf. Subcomité de Finanzas, Washington, 15/9/1949, USNA, DS, 611.3531/9-1549; Memorandum de conversación, Washington, 31/10/1949, USNA, DS, 611.3531/10-3149.

42. La cita pertenece a una conferencia pronunciada por R. Atwood, funcionario del Departamento de Estado ante el Club de Gerentes de Exportación de New York, sobre las relaciones económicas argentino-norteamericanas, 1/5/1950 (las referencias entre paréntesis son de los autores), Gacetilla del Departamento de Estado recogida por la embajada argentina en Washington, Noticias Periodísticas, abril-mayo 1950, AMREC. Cf. también, *Memoria del Banco Central de la República Argentina*, 1949, pp. 830-31; C. Escudé, *La Argentina vs....* op. cit., pp. 86-90.

la venta de materiales estratégicos. Respecto a las inversiones de capital, se estudió la forma de estimular un recíproco movimiento de capital privado para lo cual se requería modificar ciertas normas legales por parte de las autoridades argentinas. También se planteaba negociar un sistema para evitar la doble tasación impositiva.<sup>43</sup>

En la trastienda de estas conversaciones comenzó a sugerirse del lado argentino la posibilidad de obtener la asistencia financiera del Exim-Bank en la forma de créditos a los exportadores norteamericanos para el embarque de maquinaria agrícola y otros materiales esenciales a la Argentina. Este pedido registraba ya antecedentes, pues durante el viaje a Washington del anterior presidente del Banco Central, Maroglio, a fines de 1948, se habría planteado la conveniencia de un amplio crédito para activar el comercio de importación argentino. Sin embargo, el embajador Bruce señalaba a principios de 1949 que "Miranda... (había) afirmado varias veces en público que se cortarían las manos antes de tomar parte en la obtención de un préstamo extranjero. El presidente Perón —agregaba Bruce— (había) sido igualmente categórico en denunciar la idea de un préstamo a la Argentina". Por lo que "difícilmente —concluía en aquel momento el embajador— podemos forzar un préstamo..." a ese país.<sup>44</sup>

Como vimos, la postura argentina comenzaría a cambiar con el nuevo equipo económico, aunque las discusiones sobre el tipo de crédito o préstamo no serían sencillas.

Frente a la cesación de pagos de principios de 1949, el gobierno evitó la alternativa de vender las reservas de oro y adoptó la medida menos drástica de los pagos mensuales. Pero esto no alcanzaba para resolver el problema y fue por ello, según el entonces presidente del Banco Central, Gómez Morales, que el embajador norteamericano le propuso cubrir las deudas peticionando un crédito al Exim-Bank. De todos modos, el origen de la iniciativa interesa menos que la forma en que se desarrollaron las negociaciones. De uno y otro lado, la idea de un crédito iba ganando terreno.<sup>45</sup>

Así, el Departamento de Estado daba, en noviembre de 1949, las razones por las que debía urgirse al Exim-Bank a otorgar el crédito en cuestión si existiera un pedido formal de los argentinos: 1) sería un poderoso factor para promover relaciones políticas y económicas más estrechas entre los dos países, 2) daría

43. Informe del Comité Conjunto, Washington, 15/12/1949, USNA, DS, 611.3531612-1549. Cf. también Acheson a la embajada en la Argentina, Washington, 21/12/1949, FRUS, 1949, Vol. II, pp. 517-518; declaraciones de Edward Miller en el *Journal of Commerce*, 16/12/1949. Sobre el tema de Tierra del Fuego ver Tewksbury a Nuffer, Washington, 25/8/1949, USNA, DR, 611/3531/8-2549.

44. Bruce al Secretario de Estado. Buenos Aires, 4/1/1949, *op. cit.*. En realidad, la Argentina se oponía a recibir préstamos gubernamentales, no así créditos o financiamientos de otro tipo. Sin embargo, utilizamos los términos "préstamo" o "crédito" en forma indistinta, como lo hacen los documentos consultados.

45. Cf. Gómez Morales, HOPEA. *op. cit.*, pp. 21 y 37.

a los EE.UU. la oportunidad de influir sobre el gobierno argentino hacia prácticas económicas más "sanas", incluyendo la adopción de ulteriores medidas para eliminar controles gubernamentales y barreras artificiales, 3) redundaría en directo beneficio de los inversores y exportadores norteamericanos.<sup>46</sup>

Clarificando la posición del Departamento de Estado, Edward Miller planteaba al Exim-Bank que el préstamo no podía separarse del conjunto de los aspectos económicos de las relaciones bilaterales y que en cuanto a la cuestión política, la Argentina no estaba en ninguna "lista negra" y la posición norteamericana respecto a ella tenía algunas características similares a la que se sustentaba hacia España. Siguiendo estas sugerencias el Exim-Bank realizó un estudio preliminar sobre la factibilidad del crédito, concluyendo que el propósito principal de éste sería el de cubrir las deudas comerciales argentinas. De todas formas, para su otorgamiento se requerían informaciones adicionales y las negociaciones debían ser conducidas con la embajada argentina en Washington y no a través de un representante del banco en Buenos Aires.<sup>47</sup>

### *Las Misiones Miller y Cereijo*

En este contexto, fue decisiva la visita que Edward Miller realizó a la Argentina, como parte de una gira a Sudamérica, en febrero de 1950. Si este viaje estaba planeado desde mucho antes, en el caso del gobierno argentino cobró mayor significación por los pasos dados en los meses anteriores para mejorar las relaciones con EE.UU. En un significativo memorandum poco antes de la visita, el embajador Stanton Griffis (que había reemplazado a Bruce) le sugirió a Miller los principales puntos a discutir durante su futuro encuentro con el presidente Perón. Encabezaba la lista la necesidad de convencer a éste para lograr la ratificación del TIAR en el congreso argentino. También planteaba como prioritario el ingreso argentino a la FAO y otras organizaciones internacionales. En cuanto a los intereses norteamericanos hacía referencia específicamente al caso de los frigoríficos, las compañías petroleras, el problema de la libre importación de películas y el de la remisión de las ganancias de las compañías de aviación. En todo caso, comenzaban ya a vincularse los temas económicos, políticos y estratégicos.<sup>48</sup>

El clima interno en la Argentina en vísperas del viaje no parecía, sin embargo, el ideal. La situación económica continuaba deteriorándose como consecuencia de la sequía mientras que la implementación del convenio con Gran Bretaña se veía trabada por diferencias en torno a los precios y tipos de cambio. Además la detención del diputado radical Ricardo Balbín y las restric-

46. Miller a Thorp, Washington, 25/11/1949, FRUS, 1949, Vol. II, p. 516.

47. Cf. Memorandum de conversación, Washington, 9/2/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 691-692.

48. Griffis a Miller, Bs. As., 15/2/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 693-695.

ciones a la prensa y otras medidas represivas endurecían la situación política. Quizás por ésta y otras razones (como la de posicionarse mejor frente a las futuras negociaciones), recrudesció también el tono nacionalista en la prensa del gobierno. Así, por ejemplo, poco antes de la llegada de Miller, el diario *Democracia* atacaba con cierta violencia la política hemisférica de los EE.UU. señalando su incongruencia con los declarados propósitos del Departamento de Estado de discutir en un plano de igualdad con los países latinoamericanos. *Democracia* sostenía que los Estados Unidos cometían “un error fundamental al creer que no pueden obtener nuestra cooperación sin la subordinación de nuestros gobiernos”.<sup>49</sup>

No obstante estos obstáculos, el enviado norteamericano recibió una calurosa recepción por parte de las autoridades argentinas a su llegada a Buenos Aires, el 19 de febrero. El funcionario se reunió largamente con Perón y los miembros del Consejo Económico Nacional así como con empresarios norteamericanos locales. Absteniéndose de intervenir en apoyo de ninguna empresa en particular, orientó las conversaciones económicas sobre el conjunto de los problemas por los que atravesaban las inversiones de su país en la Argentina. En primer lugar, Miller se manifestó favorable a entablar negociaciones para la conclusión de un nuevo tratado de amistad, navegación y desarrollo económico tal como lo había manifestado el ministro Cereijo como condición para dar seguridad a los inversores privados. En segundo término, se conversó sobre el “sentimiento de incertidumbre” que, como consecuencia del trato que se les otorgaba, sufrían algunas compañías norteamericanas, como la American Foreign Power, los frigoríficos y las petroleras. En este sentido, Perón habría dado instrucciones a los miembros de su gabinete para alcanzar soluciones en el menor tiempo posible. Por último, el tema de la asistencia financiera no fue tocado por ningún funcionario argentino aunque Remorino sugirió en nombre del presidente la idea de que pudieran ofrecerse créditos de importación para evitar el pago al contado, sobre todo en maquinarias y equipos pesados. Reafirmando esta posición Perón ratificó que no deseaba préstamos gubernamentales pero que los créditos comerciales eran otra cosa y serían bienvenidos. Los funcionarios norteamericanos concluían, a partir de estos hechos, que se aceptaría algún tipo de asistencia financiera siempre que el presidente pudiera darle una forma adecuada para no tener conflictos políticos internos. Como conclusión, y para adelantar las negociaciones, el enviado del Departamento de Estado invitó especialmente al ministro Cereijo a visitar los EE.UU. utilizando como pretexto la reunión del Consejo Económico y Social de la OEA, que se realizaría en Washington en el mes de marzo, iniciativa que Perón aceptó

---

49. *Democracia*, 17/2/1950.

de inmediato. Así se gestaría, con la visita de Cereijo, el capítulo decisivo que conduciría al préstamo del Exim-Bank.<sup>50</sup>

La visita de Miller tuvo también una importante dimensión política y estratégica. Según el canciller Hipólito Paz, los norteamericanos tenían interés en una política de mayor entendimiento y la visita fue, en este sentido, exploratoria. No se pretendía llegar con ella a un acuerdo formal sino "disipar una atmósfera que había sido bastante mala" y despejar el camino para negociaciones ulteriores. Para ello contaba con el firme apoyo del Secretario de Estado, Dean Acheson.<sup>51</sup> Sin duda, uno de los objetivos de la visita fue obtener el compromiso de Perón de lograr la convalidación del TIAR, en momentos en que la atmósfera internacional estaba extremadamente enrarecida.

Un importante documento de evaluación política sobre la Argentina elaborado por el Departamento de Estado reforzaba el argumento estratégico planteando que "el primer objetivo de los EE.UU. en las relaciones con el país del Plata era obtener su colaboración en la defensa del hemisferio occidental", pues era "una de las más poderosas repúblicas americanas, estaba estratégicamente situada respecto de las rutas marítimas del Atlántico Sur y el Estrecho de Magallanes y sería, en tiempos de guerra, un proveedor de alimentos y materias primas muy necesario para los Estados Unidos y sus aliados".<sup>52</sup>

Ante el planteo de Miller, Perón habría afirmado en principio que no le parecía prudente forzar la ratificación del TIAR en el congreso, pues, además de los diputados de la oposición radical, parte del bloque peronista era contrario a la misma. Aunque luego, en una conversación posterior, el presidente argentino habría expresado que creía posible conseguir la aprobación durante la sesión del congreso que comenzaría en mayo.<sup>53</sup>

Finalmente, en las conversaciones con Miller se planteó también el tema de las restricciones a la libertad de prensa en la Argentina, en particular el caso del diario *La Prensa*, así como el de los ataques a los EE.UU. en los diarios oficialistas *Democracia* y *La Epoca*, que producían dificultades en la opinión pública de su país y constituían un obstáculo para lograr un pleno entendimiento bilateral.

La visita de Miller implicó un salto cualitativo en las relaciones entre los dos países, reforzando la línea que dentro del Departamento de Estado favorecía las negociaciones con Perón. A su regreso a EE.UU., Miller declaró que el gobierno peronista admitía que la solución fundamental para sus inconvenien-

50. Cf. Mallory al Departamento de Estado, Bs. As. 1/3/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 696-701, donde se brinda un relato completo de estas conversaciones desde la óptica de la embajada norteamericana en Buenos Aires. Para una visión argentina, cf. Entrevista a Hipólito J. Paz, HOPEA, *op. cit.*, pp 20-22, que concuerda en lo esencial con esas apreciaciones.

51. Cf. Entrevista a H. Paz, *ibidem*.

52. Policy Statement: Argentina, Washington, 21/3/1950, USNA, DS, 611.35/3-2150.

53. Mallory al Departamento de Estado, Bs. As., 1/3/1950, *op. cit.*,

tes financieros era atraer capitales norteamericanos. Un diario estadounidense comentaba, a su vez, que era visible que “el hombre fuerte de la Argentina” estaba ansioso por cambiar la economía de su nación, basada en la adquisición de dólares a través de un intercambio triangular con Gran Bretaña y el área de la esterlina, por una de negociación directa con los compradores e inversores de Norteamérica.<sup>54</sup>

El balance de los diplomáticos norteamericanos era muy optimista; para ellos la visita de Miller, el funcionario de más alto grado que visitaba la Argentina en los últimos 10 años, había brindado el medio político adecuado que necesitaba Perón para adoptar una línea económica distinta a la tradicional respecto al país del Norte.

En la percepción del Departamento de Estado varios factores explicaban la necesidad de un acercamiento: las seguridades brindadas reiteradamente por Perón de que la Argentina se alinearía inmediatamente del lado occidental si se produjera una guerra con la Unión Soviética; los cambios en la política económica del gobierno, cuyos planes de industrialización —según sus propios funcionarios— requerían de la colaboración norteamericana; la fortaleza interna del régimen, que en caso de elecciones “ganaría por amplia mayoría de votos”; el hecho de que la oposición radical aparecía como menos favorable a la cooperación con EE.UU. que el propio Perón, y de que existía un tradicional sentimiento antinorteamericano y proeuropeo en la sociedad argentina que hacía prever más dificultades con otro equipo dirigente; la posible expansión del comunismo entre los trabajadores en el caso de que Perón fracasara en mantener una situación económica estable y fuera derrocado.<sup>55</sup>

El 15 de marzo de 1950, finalmente, el ministro de Hacienda y presidente del Consejo Económico Social, Ramón Cereijo, viajó a Washington a la cabeza de una importante delegación. El motivo oficial de la visita era participar en la reunión del Consejo Económico y Social de la OEA, la cual iba a presidir el representante argentino designado por la unanimidad de sus miembros. Pero, en realidad, las negociaciones con EE.UU. iban a constituir lo fundamental de su agenda de actividades que incluiría entrevistas con funcionarios del Departamento de Estado, de los Departamentos de Comercio y Tesoro y del Exim-Bank, así como numerosos contactos con bancos y empresas privadas. La prensa estadounidense recibió la visita de modo disímil. Mientras el diario de la colectividad hispano-norteamericana de Nueva York, *La Prensa*, auguraba una cálida acogida oficial y de los sectores privados por diversas razones, entre ellas la perspectiva del fin del Plan Marshall en 1952 que renovaba el interés en los mercados sudamericanos, otros periódicos seguían sosteniendo una posición muy agresiva contra el gobierno argentino, como el *Washington Post*,

54. *Chicago Sun Times*, 29/3/1950.

55. Cf. Policy Statement: Argentina, Washington, 21/3/1950, *op. cit.*

que criticando las medidas adoptadas respecto a algunos periódicos de Buenos Aires señalaba catastróficamente que “la lucha contra el dictador” se había vuelto “desesperada” y merecía “el aplauso de todos los creyentes en las instituciones libres”. Luego, como veremos, las opiniones de la prensa hostil comenzaron a suavizarse.<sup>56</sup>

En cuanto a las negociaciones económicas a desarrollarse, el Departamento de Estado había anticipado que cualquier abordaje del problema financiero debía estar vinculado a la obtención de medidas que facilitarían el desempeño de las empresas norteamericanas en la Argentina. Como contrapartida, estaba dispuesto a ayudar a gestionar en el Exim-Bank créditos para amortizar las deudas comerciales y financiar a los exportadores estadounidenses que desearan vender maquinarias en el país del Plata.<sup>57</sup> La delegación argentina, por su parte, en una conferencia de prensa, el 16 de marzo, hizo público su deseo de no recibir empréstitos intergubernamentales directos, ratificando declaraciones de Perón luego de la visita de Miller.<sup>58</sup> Sin embargo, se manifestaban favorables al otorgamiento de créditos, ya sea a través del Exim-Bank y/o un grupo de bancos privados, para favorecer la importación de bienes hacia la Argentina, así como deseaban resolver los problemas de las empresas norteamericanas y negociar un amplio tratado comercial entre los dos países.<sup>59</sup>

En primer lugar, se aceleraron las conversaciones con las empresas en conflicto siguiendo instrucciones precisas de Perón, quien habría insistido en implementar inmediatamente medidas favorables para un arreglo con ellas concluyendo en algunos casos negociaciones ya iniciadas en Buenos Aires.<sup>60</sup>

Así, se autorizó a Pan American y Panagra a girar sus fondos financieros por prestación de servicios a una tasa de cambio más favorable, la empresa Braniff fue autorizada a ampliar sus vuelos a Buenos Aires (antes llegaba sólo hasta Asunción) y la Swift pudo transferir su sede central desde la Argentina permitiendo el pago a sus accionistas de dividendos de otras filiales bloqueados en el país. Más tarde, los frigoríficos obtendrían del gobierno el reconocimiento de un determinado porcentaje de beneficios sobre los precios del ganado, que sería retroactivo a 1946.<sup>61</sup>

Cereijo alcanzó también acuerdos con las empresas petroleras Standard Oil de Nueva Jersey y Ultramar (Texas Co. y Socony Vacuum) permitiendo la libre

56. Cf. *La Prensa*, 17/3/1950; *The Washington Post*, 18/3/1950.

57. Cf. Miller al Departamento de Estado, Montevideo, 25/2/1950, USNA, DS, 811.05135/2-2550; Webb a la embajada en la Argentina, Washington, 17/3/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp.704-705.

58. *Idem Ibidem*. Para las declaraciones de Perón cf. *La Prensa* de Nueva York, 27/2/1950.

59. *Idem Ibidem*. Cf. *The Washington Post*, 5/4/1950.

60. Cf. Acheson a la embajada en Buenos Aires, Washington, 24/3/1950, FRUS, 1950, Vol. II, p. 707.

61. *Idem Ibidem*; Birgfeld a Miller, Washington, 19/4/1950, USNA, DS, 611.35/4-2750.

importación de crudo por un año a pagarse en dólares a través de créditos garantizados por las propias compañías, lo que para los EE.UU. revertiría algunas de las consecuencias negativas del convenio anglo-argentino. Asimismo, se estableció con la American Motion Picture Association un régimen liberal para la entrada de películas norteamericanas por un valor de más de un millón de dólares anuales y una duración de 5 años, con la limitación de que el 50% de los beneficios debía reinvertirse en el país. Por último, se iniciaron negociaciones a fin de establecer un convenio bilateral para evitar la doble tasación impositiva de los capitales invertidos en los dos países (que, por supuesto, beneficiaba sobre todo a los capitales norteamericanos), se comenzaron las negociaciones para la firma de un nuevo tratado comercial y se discutieron los problemas de la American Foreign Power.<sup>62</sup>

Las repercusiones de estos acuerdos fueron ampliamente favorables en los medios gubernamentales, económicos y de la opinión pública norteamericana. El National Foreign Trade Council, por ejemplo, felicitaba a Miller por los resultados de su visita a la Argentina y destacaba las acciones desarrolladas desde entonces por el gobierno argentino. El *Washington Post*, por su parte, revirtiendo en cierta medida su anterior dureza, elogiaba el trabajo del ministro Cereijo en cuanto a la remoción de “discriminaciones” respecto a las firmas estadounidenses y deducía del proceso de negociaciones que “no sería sorprendente ver al gobierno de Perón ratificando el tratado de Río”, con lo que vinculaba así los acuerdos económicos con los temas político-estratégicos. El *New York Herald Tribune* resaltaba a su vez el “repentino mejoramiento de relaciones” atribuyéndolo a la actividad de la delegación argentina, que había solucionado algunos de los principales motivos de queja de los hombres de negocios norteamericanos. Un funcionario del Departamento de Estado habría expresado —según el mencionado periódico— que “las relaciones argentino-estadounidenses habían llegado a su mejor momento desde que terminó la guerra”.<sup>63</sup>

Las nuevas medidas adoptadas por la Argentina planteaban a los diplomáticos norteamericanos la urgencia de acciones recíprocas por parte de EE.UU. para no arriesgar la evolución ulterior, política y económica de las relaciones. El 31 de marzo el embajador en Buenos Aires destacaba exultante en un telegrama a Miller: “el casi increíble paquete de buenas noticias... Sin embargo, deberían hacerse planes para la evacuación aérea del personal de esta embajada a las islas Falkland o a cualquier otra parte en caso de que el Exim-Bank no actúe”.<sup>64</sup>

62. *Idem Ibidem*; Acheson a la embajada en la Argentina, Washington, 26/4/1950, FRUS, 1950, Vol.II, pág. 711; Webb a la embajada en Buenos Aires, Washington, 15/5/1950, *Ibidem*, pp. 716-717.

63. Cf. National Foreign Trade Council a E. Miller, Nueva York, 7/4/1950, USNA, DS, 611.354/4-750; *The Washington Post*, 5/4/1950; *New York Herald Tribune*, 6/4/1950.

64. Griffis a Miller, Bs. As., 31/3/1950, USNA, DS, 811.05135/3-3150.

La preocupación de Griffis se vinculaba a la complejidad política de las negociaciones sobre el tema financiero en las que estaban involucradas las expectativas argentinas, los objetivos del Departamento de Estado, y las percepciones del Exim-Bank y de otras agencias gubernamentales así como de distintos sectores del poder y de la opinión pública de los Estados Unidos.

Sin duda la celeridad desplegada por el gobierno peronista para resolver algunos reclamos de empresas norteamericanas se relacionaba estrechamente con la urgencia de restablecer el crédito con el país del Norte para poder recrear el flujo de importaciones de ese origen, más aún en momentos en que las negociaciones con Gran Bretaña se encontraban paralizadas. Sin embargo, como resultado de los pagos mensuales ya efectuados la Argentina había reducido notablemente la deuda comercial privada con EE.UU. a 108 millones de dólares. Pero este hecho, si bien alentador para los intereses norteamericanos, no había alcanzado a restaurar la "confianza" de los exportadores. Ante esta realidad, como señalaba el *New York Times* del 17 de abril, el gobierno argentino parecía abandonar definitivamente las esperanzas y reclamos respecto a la financiación en dólares de las exportaciones hacia Europa y aceptaba buscar una "solución bancaria a los problemas del dólar de la Argentina", a la espera de la recuperación económica europea que posibilitaría el retorno a una relación triangular.<sup>65</sup>

En las expectativas del gobierno argentino la solución financiera suponía negociar créditos, con la mayor amplitud posible y a largo plazo, para poder efectuar nuevas compras, evitando la figura de un préstamo intergubernamental y tratando de reducir al mínimo todo endeudamiento que no tuviera un correlato en nuevas transacciones. De allí las declaraciones de Cereijo favorables al otorgamiento de créditos a exportadores norteamericanos.

Por su parte, el Departamento de Estado planteaba como primera prioridad la liquidación de la deuda comercial de origen público y privado pero coincidía en la idea de evitar la figura de un préstamo de gobierno a gobierno y buscaba que el Exim-Bank cubriera también la financiación de nuevas compras, particularmente de maquinaria agrícola.

Pero las negociaciones en torno a un posible crédito implicaron discusiones con otras áreas del gobierno norteamericano y una polémica pública que se desató en distintos medios debido a declaraciones del Secretario de Estado, Dean Acheson. Este afirmó que aún cuando no podía confirmar propuestas específicas consideraba que el otorgamiento de préstamos a la Argentina sería consecuencia normal de las "medidas altamente alentadoras tomadas por ambos gobiernos para solucionar las últimas dificultades comerciales".<sup>66</sup>

Sin embargo, el gobierno y la opinión pública norteamericanos parecían divididos respecto a la actitud a adoptar entre quienes pensaban que se debía

65. *New York Times*, 17/4/1950.

66. *New York Herald Tribune*, 6/4/1950.

dejar a Perón sufrir las consecuencias de sus políticas pasadas y los que entendían que había que ayudarlo a fin de fortalecer la solidaridad hemisférica. En una posición muy crítica, un diario influyente, el *Washington Post*, consideraba que no existía ninguna garantía de poder "comprar" a Perón con la ayuda de EE.UU. y que el secretario Acheson debía haber planteado la necesidad de ratificar el TIAR como tema central de sus anuncios.

Explicando la polémica desatada el Secretario Asistente Miller señalaba confidencialmente en una reunión informal del Departamento de Estado que los desencuentros entre la Argentina y los Estados Unidos se debían al tradicional aislamiento de ambos países. La Argentina había padecido, según Miller, ilusiones de grandeza respecto de su posición en el mundo lo que se reflejó en su intransigencia diplomática y su errónea política económica. El funcionario norteamericano sostenía con inusitada franqueza: "Durante este período creó que nosotros alimentamos esta tendencia al nacionalismo jugando su propio juego, poniéndonos a la altura de sus ilusiones de grandeza... Sin embargo, la Argentina, una nación de 15 millones de habitantes no tiene ningún potencial industrial, es en realidad algo parecido a lo que Baruch proyectó para la Alemania de posguerra. Es tan tonto imaginarnos a la Argentina como un rival nuestro como ayudarla para que lo sea..."

La conclusión era que frente a la nueva actitud argentina se debía negociar aún cuando no hubiera garantías en torno al problema de las libertades civiles y de prensa. En todo caso, los EE.UU. tendrían mejores oportunidades de discutir estos temas logrando acuerdos con el gobierno peronista. Miller negaba, finalmente, que la asistencia financiera del Exim-Bank constituyera un préstamo para propósitos específicos como en el caso chileno. Se buscaba más bien fluidificar el comercio tratando de ayudar a los exportadores que se hallaban en dificultades.<sup>67</sup>

En la Argentina, mientras tanto, la cuestión también levantaba polémicas. Los representantes de la oposición radical en la Cámara de Diputados elevaron un pedido de informes sobre el curso de las negociaciones económicas, pero eran algunos sectores nacionalistas dentro del peronismo los que más recelaban respecto a un estrechamiento de la cooperación con EE.UU. Así, por ejemplo, el 7 de abril el senador Molinari reafirmaba en París la vigencia de la tercera posición contra el capitalismo y el comunismo indicando que la Argentina no había firmado ningún tratado económico internacional porque no quería ser un "estado vasallo" y no había ratificado el tratado de Río porque la Constitución prohibía adherir a convenciones que contuvieran cláusulas secretas.<sup>68</sup>

67. Notas tomadas por C. R. Hurd, Washington, 13/4/1950, USNA, DS, 611.35/4-1350.

68. Cf. Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, Bs. As., 1950, T. 1, pp. 220-221; Embajada de París al Secretario de Estado, París, 6/4/1950, USNA, DS, 735.00/4-750.

En el Departamento de Estado se registraban asimismo indicios de intrigas de sectores adversos a Eva Perón y al negociador Cereijo. En particular, un supuesto ofrecimiento del senador Teisaire de imponer un contraplan económico abiertamente liberal, para lo cual sugería que los EE.UU. se rehusaran a conceder el crédito provocando la caída del equipo económico.<sup>69</sup>

Saliendo al cruce de las inquietudes políticas abiertas por las negociaciones el presidente Perón, en su discurso inaugural de las sesiones del Congreso, el 1º de mayo, reafirmó la tercera posición de la Argentina y señaló respecto de sus adversarios: "ellos siguen esperando que cedamos al fin y contratemos algún empréstito, no se acuerdan que yo he afirmado que me cortaré las manos antes de poner mi firma en el acta de ninguna cosa que signifique un préstamo para mi país". Destacó también que la posición financiera del país era sólida como lo probaban las recientes compras de oro realizadas, señalando al mismo tiempo que su política no implicaba aislacionismo y manifestándose favorable a la inversión de capitales extranjeros para contribuir al desarrollo económico del país.<sup>70</sup>

Mientras tanto, completados los estudios preliminares por el Exim-Bank sus funcionarios anticiparon al Departamento de Estado el borrador de una propuesta de préstamo. Esta se reducía a un monto de 65 millones de dólares a los fines de cubrir exclusivamente dos terceras partes de los atrasos comerciales, condicionándola a acciones simultáneas del lado argentino para saldar el resto de la deuda en dólares, incluida la remisión de dividendos atrasados de las empresas norteamericanas en la Argentina. El presidente del banco, Herbert Gaston, fundamentaba esta propuesta desde un punto de vista estrictamente bancario, resaltando que el objetivo era la liquidación de las deudas y el restablecimiento del crédito argentino en los EE.UU.

Miller y Griffis, en nombre del Departamento de Estado, cuestionaron este proyecto por su monto y propósitos. Evaluaron que sería impolítico tomar en cuenta sólo la deuda comercial sin contemplar compras futuras, particularmente de maquinarias agrícolas, y señalaron la necesidad del gobierno norteamericano de responder a las expectativas argentinas en vista del rumbo tomado por las negociaciones. Gaston cuestionó la conveniencia para los EE.UU. de fomentar la expansión de la producción agrícola argentina sobre la base de que el destino europeo de la misma haría poco por mejorar la posición en dólares del país. El embajador Griffis respondió a esta argumentación recordando que la Argentina basaba su política en la futura convertibilidad de la libra esterlina teniendo en cuenta las afirmaciones de la administración Truman al respecto

---

69. Cf. Embajada norteamericana al Departamento de Estado, Bs. As., 29/3/1950, USNA, DS, 611.35/5-2950; Maleady al Departamento de Estado, Bs. As., 5/4/1950, USNA, DS, 735.00/4-550.

70. Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, Bs. As., 1950, T. 1, pp. 14-21.

(que preconizaba la vigencia del multilateralismo y el libre movimiento de bienes y capitales en el comercio internacional). En las aseveraciones de Gaston podía sospecharse también el temor a la competencia argentina en los mercados europeos.<sup>71</sup>

Finalmente, el funcionario del Exim-Bank aceptó revisar la propuesta sobre la base de las consideraciones efectuadas por el Departamento de Estado y el 2 de mayo se hizo pública una versión extraoficial: el presidente Truman habría autorizado a ofrecer a la Argentina un crédito de 125 millones de dólares a través del Exim-Bank bajo la forma de un adelanto a los bancos y establecimientos comerciales de los EE.UU. que detentaran créditos impagos por el gobierno y empresas argentinos. Aunque oponiéndose a la aceptación de un empréstito gubernamental, la Argentina habría solicitado, por su parte, créditos por aproximadamente 500 millones de dólares y un período de 5 años.<sup>72</sup>

El secretario de Estado, Dean Acheson, en un telegrama a la embajada en Buenos Aires, confirmaba la noticia. La operación consistiría en un crédito bancario de 80 millones de dólares para liquidar parcialmente los atrasos comerciales (65 millones) y financiar pequeñas exportaciones de maquinarias agrícolas (15 millones). Otros 43 millones se destinarían al redescuento de letras emitidas por el Banco Central de la Argentina en relación a deudas comerciales. El ministro Cereijo, quien según un memorandum había sugerido créditos por un monto de 450 millones de dólares "reaccionó vehementemente" objetando la cantidad, que no alcanzaba a cubrir toda la deuda comercial; las disposiciones referidas a las letras del Banco Central; la discriminación entre deudas gubernamentales y no gubernamentales (las cifras proporcionadas cubrían sólo la deuda de origen privado); y la no inclusión de la propuesta en un programa más extenso de créditos. En esos términos, el ofrecimiento del Exim-Bank era considerado insuficiente por el negociador argentino.<sup>73</sup>

Por un momento el Departamento de Estado pareció considerar como inciertas las perspectivas de la negociación, pero el 5 de mayo el banco norteamericano y la delegación argentina acordaron finalmente una solución: el crédito sería de 125 millones de dólares y se destinaría fundamentalmente a pagar las obligaciones comerciales adeudadas. El desembolso a efectuar por el Exim-Bank se realizaría a cambio de pagarés de un consorcio de bancos privados argentinos con la garantía incondicional del Banco Central. El interés sería del 3,1/2% y la amortización comenzaría en junio de 1954, durante un período de 10 años y en cuotas semestrales.<sup>74</sup>

71. Cf. Memorandum de Jack C. Corbett, Washington, 28/4/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 711-713.

72. Cf. *New York Times*, 2/5/1950.

73. Cf. Dean Acheson a la embajada en Buenos Aires, Washington, 2/5/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 714-715.

74. *Idem Ibidem*.

Cereijo había buscado de varios modos liberalizar los alcances del crédito pero el Exim-Bank consideró que no podía ir más allá de los términos arriba referidos. Gaston declararía luego que, a fin de garantizar un pago puntual de las obligaciones argentinas, se había propuesto un programa "prudente y frugal", que privilegiaba deudas anteriores, considerando que el principal beneficio que obtendría la Argentina a partir del préstamo era la posibilidad de recibir nuevos créditos privados para acrecentar la capacidad de compra del país. En efecto, el banco informó a Cereijo que no pondría ningún impedimento en este sentido lo que fue aprovechado por aquél para comenzar a gestionar nuevos créditos con un consorcio de bancos privados por un monto de aproximadamente 75 millones de dólares, de los cuales 25 millones cubrirían la deuda comercial de origen gubernamental (no contemplada en el crédito del Exim-Bank) y el resto sería destinado a la adquisición de maquinarias. Estas negociaciones involucraban la exigencia por los bancos de una garantía en oro.<sup>75</sup>

La propuesta del Exim-Bank fue discutida y avalada por el National Advisory Council para los problemas monetarios y financieros internacionales, organismo integrado por representantes de las distintas agencias del gobierno norteamericano vinculadas con la temática. En esas discusiones los representantes del Departamento de Estado fundamentaron el apoyo al crédito sobre la base de diversas consideraciones económicas y políticas. Se remarcaba que el nuevo equipo económico que había reemplazado a Miranda consiguió mejorar en pocos meses las relaciones entre los dos países y que el presidente Perón había expresado su voluntad de lograr la ratificación del tratado de Río y de asociar a la Argentina a varias organizaciones internacionales, comenzando por la FAO. Se consideraba que pese a que en varios temas la conducta de la Argentina seguía siendo poco recomendable, como en el caso de la libertad de prensa, el viraje de actitud de Buenos Aires debía ser alentado. En el plano político, ya que un colapso del gobierno de Perón "resultaría, con certeza, en su reemplazo por un régimen considerablemente menos amistoso hacia los EE.UU." En el económico, porque asistir al país en la restauración de su producción agrícola permitiría un aumento de sus exportaciones hacia Europa y América Latina y una reducción del "dólar gap". Opinión, esta última, que expresaba puntos de vista divergentes a los de aquellos que conducían la ECA, confirmando la adhesión del Departamento de Estado al multilateralismo y su intención de estimular a los exportadores e inversores en el exterior.<sup>76</sup>

Los funcionarios del Departamento de Estado evaluaron muy positivamente los resultados inmediatos de la negociación y presentaron los mismos como una victoria de la diplomacia norteamericana. A su vez, los sectores exportadores,

---

75. Cf. Minutas de la reunión N° 156 del National Advisory Council on International Monetary and Financial Problems, Washington, 16/5/1950, FRUS, 1950, Vol.II, pp. 718-719.

76. *Idem Ibidem.*

quienes habían apoyado explícitamente la financiación del Exim-Bank dado que temían que bajo el régimen argentino de pagos mensuales la liquidación de las deudas durara varios años y se redujera el volumen de dólares disponibles en la Argentina para nuevas compras, se vieron también satisfechos. La CIO, por su parte, se opuso al acuerdo mediante una declaración pública, pero, en general, las reacciones extraoficiales adversas no fueron, por el momento, significativas.<sup>77</sup> Uno de los lugares donde se debatió más el tema fue en el congreso norteamericano, donde se manifestaron intereses económicos y políticos divergentes. Mientras algunos congresistas aprobaron la nueva política hacia la Argentina, que consideraban como un cambio positivo respecto a la de la época de Braden, otros elevaron su voz alertando contra el uso de dólares de los ciudadanos estadounidenses para garantizar las deudas de un grupo de exportadores, cuestionando el rol del Exim-Bank como institución dedicada a auxiliar a deudores crónicos. El senador Wayne Morse, por ejemplo, inquirió sobre los presuntos beneficiarios del crédito en los EE.UU., lo que obligó al presidente del banco, Gaston, a aclarar por escrito que no recibió presiones o influencias de empresarios o particulares ni se había procurado beneficiar a un sector de ellos. Otros congresistas vinculaban la concesión del préstamo a la influencia del Pentágono, interesado en consideraciones puramente estratégicas. En todo caso, la polémica a este respecto continuaría en el seno del congreso en años posteriores, donde se llegaría a hablar del "salvataje de un dictador" gracias a la ayuda del gobierno norteamericano.<sup>78</sup>

En la Argentina la cuestión tuvo también diversas repercusiones. Cereijo, Paz y Sosa Molina fueron objeto de un pedido de interpelación, que no prosperó, por parte de la oposición radical en el congreso, aunque el tema volvería a reaparecer en junio cuando se discutió la ratificación del TIAR. Los diarios oficialistas restaron importancia a la noticia, que fue destacada, por el contrario, en los más tradicionales *La Prensa* y *La Nación*. La posición oficial fue que se trataba de un crédito comercial destinado a sectores privados, como lo señaló la memoria del Banco Central de 1950.<sup>79</sup>

Por otra parte, existieron también divergencias en el seno del gobierno peronista. Según un documento norteamericano algunos funcionarios cuestionaron la buena fue de los EE.UU., mientras que otros mantenían la actitud de esperar y ver. Se informaba que la cifra de 125 millones había causado en ciertos sectores, adversarios de Cereijo, sorpresa y desilusión, aunque el mismo presidente Perón habría enviado un mensaje al ministro de Hacienda apoyándolo en su gestión. Según informes de Buenos Aires, parecía prematuro pensar que

77. Cf. Miller a Ravndal, Washington, 1/6/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pág. 724; *New York Times*, 20/1/1950; *La Prensa*, 11/5/1950.

78. Cf. Memorandum de conversación, Washington, 17/5/1950, USNA, DS, 611.35/5-1750; Congressional Records, Senate, Vol. 96, VI, 81 Congr. 2ª sesión, 24/5/1950 y 17/7/1950.

79. Cf. R.A. Giacalone. *op. cit.*, pp. 249-250; *Memoria del Banco Central de la República Argentina*, 1950, Bs. As., p. 6; *Idem*, 1951, Bs. As., p. 29.

el gobierno peronista estaría dispuesto a firmar un tratado económico amplio con el país del Norte, pues había aún muchos obstáculos que remover, tanto en el plano político como en el económico. Algunos, por ejemplo, no olvidaban fácilmente las frustradas promesas hechas por la ECA al canciller Bramuglia.<sup>80</sup>

A mediados de mayo el empresario norteamericano Arnold, de Squibby Sons, asistió por invitación de Perón a una reunión de éste con miembros del gabinete económico en la cual Cereijo informó sobre los resultados de sus gestiones en EE.UU. Según Arnold, Perón criticó ciertos términos del préstamo debido a los 60-70 millones que se debían pagar en concepto de intereses, contrastándolo con el mecanismo de pago del 30% mensual en dólares que, de continuar, no habría implicado el pago de interés alguno. Arnold, sin embargo, destacó la importancia del hecho en sí considerándolo como un paso decisivo para mejorar las relaciones entre ambos países, siendo el pago de intereses un costo inevitable para restablecer el crédito comercial argentino.<sup>81</sup>

Perón también habría declarado al mismo Arnold que los montos negociados no eran esenciales para la Argentina, pues el país podía salir por sí solo de sus dificultades. “Después de todo —habría dicho Perón— el crédito del Exim-Bank servía meramente para salvar intereses norteamericanos”. Perón ratificó, sin embargo, su interés en recibir inversiones norteamericanas y en colaborar estrechamente con los EE.UU. en su acción contra el comunismo, señalando que en caso de guerra, la cual consideraba inevitable, puesto “que la neutralidad sería una imposibilidad”, la Argentina estaría completamente con el país del Norte. Las manifestaciones del presidente apuntaban a resaltar dos cuestiones esenciales: la urgencia para recibir el crédito por parte de los mismos exportadores estadounidenses (tanto o más importante que la que tenían los propios argentinos) y su percepción de la situación internacional (ya estaba por estallar la guerra de Corea) y de las relaciones bilaterales, que lo empujaban a buscar una recomposición de éstas.<sup>82</sup>

En la misma entrevista Perón afirmaba que el sentimiento antinorteamericano en la Argentina provenía del período en el cual el país se hallaba bajo la dominación económica y política de Gran Bretaña y del partido conservador. “Gracias a un trabajo lento y cuidadoso —decía Perón— la columna vertebral de la influencia británica” había sido destruida y con ella ese sentimiento negativo hacia los EE.UU.<sup>83</sup>

Como resultado de las negociaciones, sin embargo, no ingresó a la Argentina ni un sólo dólar. Por un lado, la financiación del Exim-Bank suponía transferencias en los EE.UU. Por el otro, las negociaciones iniciadas por Cereijo con bancos privados norteamericanos por una línea de crédito suplementaria de 75 millones de dólares fracasaron. El 19 de junio, ya de regreso en Buenos Aires,

80. Cf. Martin al Dep. de Estado, Bs. As., 10/5/1950, USNA, DS, 611.359/5-1050.

81. Cf. Memorándum de Clarence E. Birgfeld, Washington, 5/6/1950, FRUS, 1950, Vol. II, p. 725.

82. Memorándum de conversación. Bs. As., 31/8/1950, USNA, DS, 611.35/8-3150.

83. *Idem Ibidem.*

el ministro informaba al embajador norteamericano que, habiendo hablado con el vicepresidente del National City Bank de Nueva York, consideraba poco aconsejable políticamente dar el oro argentino depositado en Nueva York como garantía (procedimiento que los bancos exigían). De todos modos, Cereijo consideraba que, saldados los atrasos comerciales por medio de la ayuda del Exim-Bank, el crédito argentino mejoraría y la colaboración financiera privada se volvería innecesaria. La negativa argentina se vinculaba con la política monetaria del equipo económico. Gómez Morales ha señalado que el gobierno se negó siempre a lo largo de todas las negociaciones a hipotecar el oro. Por el contrario, el Banco Central hizo importantes compras de oro en este período.<sup>84</sup>

Finalmente, luego de un acuerdo entre el Banco Central argentino y un consorcio de 10 bancos oficiales y privados y entre éstos y el Exim-Bank realizado en octubre, el contrato se firmó en Washington el 13 de noviembre de 1950. Representaron a la Argentina varios funcionarios del área económica encabezados por Brignoli y E. Crane, del Banco Español, en representación del consorcio bancario.<sup>85</sup>

Se ha interpretado la demora en la implementación del préstamo como una táctica del lado norteamericano para condicionar ulteriores concesiones argentinas, particularmente en lo que hace a la ratificación del TIAR y el alineamiento estratégico de la Argentina frente al conflicto coreano.<sup>86</sup> Indudablemente la evolución global de las relaciones en la segunda mitad de 1950, tiñó el curso específico de las negociaciones con el Exim-Bank, como lo demuestra el rechazo a incluir la financiación de nuevas exportaciones y la suspensión de las discusiones del Comité Conjunto en Buenos Aires a la espera de la conclusión del acuerdo. Ciertamente la diplomacia norteamericana utilizó el préstamo como arma para lograr concesiones suplementarias y los sucesos políticos en ambos países, como veremos, fueron endureciendo las posiciones de las partes. Sin embargo, de los documentos norteamericanos no se desprende que los EE.UU. hayan evaluado seriamente la posibilidad de suspender la asistencia financiera acordada. En verdad, el Pacto de Río fue ratificado en el congreso argentino el 26 de junio y la implementación final del préstamo se realizó en noviembre, cuando ya las relaciones diplomáticas habían cobrado un carácter más conflictivo y el resto de las negociaciones económicas iban encontrando paulatinamente puntos de estancamiento o desacuerdo. Pero, sobre todo, habían sido principalmente factores económicos de peso los que de uno y otro lado empujaron las negociaciones, tal como se señaló a lo largo de este trabajo. No se puede prescindir, no obstante, del análisis de la variable estratégica.

84. Cf. Malceady a Tewksbury, Bs. As., 21/6/1950, USNA, DS, 611.35/6-2150; Entrevista a A. Gómez Morales, HOPEA, *op. cit.*, pp. 21 y 38.

85. *Idem Ibidem*, p. 735; *New York Times*, 14/11/1950, los bancos que integraban el consorcio eran: el Banco Nación, el Banco Provincia de Bs. As., el Banco de Crédito Industrial, el Español, el de Italia y Río de la Plata, el Nuevo Banco Italiano, el Francés e Italiano, el Francés, el de Londres y América del Sur y la Societé Generale.

86. Cf. C. Escudé, "La ratificación argentina del TIAR en Junio de 1950", en *Todo es Historia*, N° 257, junio de 1988, p. 10.

*La ratificación del TIAR y las claves del acercamiento*

Ya desde la visita de Edward Miller a Buenos Aires las consideraciones estratégicas ocuparon un lugar en la política del Departamento de Estado hacia la Argentina. La conflictiva situación internacional, el rearme norteamericano y la doctrina de contención del comunismo planteaban a los EE.UU., como primera prioridad respecto a la Argentina, la necesidad de lograr la adhesión de ésta al TIAR y una contribución más estrecha en los planes militares hemisféricos. En esa misma dirección jugaba también el Pentágono. Así, por ejemplo, prolongando una tendencia visible en años anteriores, se sucedieron visitas de altos mandos de las fuerzas armadas norteamericanas con fines de asesoramiento, entre las cuales tuvo especial significación la del general Hoyt Vandenberg, jefe de la fuerza aérea, en marzo. Más tarde se concretarían compras de carne para las fuerzas armadas norteamericanas. El famoso George Kennan, consejero del Departamento de Estado en temas estratégicos, estuvo también en Buenos Aires por esa fecha.<sup>87</sup>

Por otra parte, las seguridades brindadas por Perón sobre la próxima ratificación del TIAR y sus afirmaciones de que en caso de guerra con Rusia la Argentina se alinearía inmediatamente con los Estados Unidos, confirmaron al Departamento de Estado en su táctica de orientar las negociaciones económicas con "reciprocidad" a fin de "inducir" al presidente argentino a apurar su asociación estratégica con EE.UU.

Esta orientación, que la prensa norteamericana resaltaba, llevó a que Dean Acheson, aprobado en mayo el crédito, desmintiera que la asistencia financiera estuviera supeditada a las seguridades estratégicas brindadas por Perón a Miller en febrero. El Departamento de Estado, según su titular, esperaba sin embargo que el nuevo curso de las relaciones económicas "haga más probable la ratificación del Pacto de Río y suavice las tendencias del gobierno argentino respecto del uso de medidas de represión internas".<sup>88</sup>

En realidad, el anuncio de la concesión del préstamo había colocado al Departamento de Estado en una posición difícil. Por una parte, había avalado las negociaciones basado, sobre todo, en las concesiones previas realizadas por la misión Cereijo en beneficio de algunas empresas norteamericanas en la Argentina. Por otra, habiendo comenzado las sesiones del congreso argentino el 1º de mayo, a mediados de junio aún no había novedades respecto del tratado interamericano. Miller señalaba en este sentido que sólo restaba "cruzar los

87. Cf. *New York Times*, 6/3/1950, *La Prensa*, 11, 16 y 17 de marzo de 1950.

88. Cf. *New York Times*, 4/5/1950; Memorandum de Acheson, Washington, FRUS, 1950, Vol. II, p. 728.

dedos y esperar". Es por eso que la embajada norteamericana comenzó a presionar para concretar la ratificación. Una de sus armas principales estuvo relacionada con el interés argentino en la compra de equipos militares y naves de guerra en los EE.UU., pues por una ley del congreso norteamericano se habían condicionado las ventas de armas a países latinoamericanos a la aprobación previa del TIAR. Ante un planteo al respecto del embajador Griffis, Perón volvió a alegar las dificultades que le planteaban en la Cámara de Diputados para resolver la cuestión. Si bien garantizó la ratificación antes del 30 de setiembre, aclaró que no sería oportuno cambiar el orden de presentación del proyecto, lo que brindaría pretexto a la oposición para denunciar que el mismo había sido una condición para la asistencia financiera norteamericana. La urgencia del Departamento de Estado se reveló en la extemporánea afirmación de Griffis, quien ante algunos elogios de Perón a su persona vinculó la ratificación del TIAR a la posibilidad de seguir conservando su puesto diplomático.<sup>89</sup>

Sin embargo, poco tiempo después, el 28 de junio a la mañana, el embajador informaba al presidente Truman, al secretario Acheson y al senador Vandenberg la confirmación por parte del canciller argentino que la Cámara de Diputados daría ese día el paso largamente demorado.<sup>90</sup> Los acontecimientos se habían precipitado. Tres días antes había comenzado el conflicto armado en Corea y el 27, ante el vertiginoso avance de las tropas norcoreanas sobre Seúl, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas—ausente la Unión Soviética—invitaba a los miembros de la organización mundial a "aportar ayuda en defensa de Corea del Sur". El mismo día 28, Perón aseguraba por carta a Miller que la Argentina había decidido convertir el tratado interamericano en ley para garantizar la unidad continental frente a la decisión norteamericana, que elogiaba, de detener "las acciones rusas".<sup>91</sup>

El debate parlamentario a que dio lugar el proyecto elevado por el poder ejecutivo ha sido ampliamente cubierto por la bibliografía sobre el tema. El diputado Díaz de Vivar realizó una incómoda y poco convincente defensa de la ratificación, vinculándola con la necesidad de salvaguardar "la civilización cristiana", ante el cuestionamiento del bloque radical y del conservador González Pastor. Los radicales pusieron en dificultades al parlamentario oficialista planteando que se abdicaba de la tercera posición cuando ésta debía ser aplicada. Frondizi, recordando las polémicas desatadas a fines de la segunda guerra mundial, sentenció: "el resultado final del asunto Braden o Perón ha

89. Cf. Maleady a Tewksbury, Buenos Aires, 21/6/1950, *op. cit.*

90. Cf. Griffis al Departamento de Estado, Bs. As., 28/6/1950, USNA, DS, 361/6-3950.

91. Cf. Memorandum, Washington, 28/6/1950, USNA, DS, 361/6-2850.

sido el triunfo de Braden y ahora tendremos guerra o paz según lo decidan los estadistas o militares norteamericanos".<sup>92</sup>

Tal como lo percibían los diplomáticos de EE.UU. se confirmaba así la orientación antinorteamericana del bloque radical. Los contendientes del debate no eran ni un gobierno hostil a los EE.UU. que se transformaba en pronorteamericano, ni una oposición inclinada hacia el país del Norte que se convertía en antinorteamericana, como lo interpretan con llamativa simpleza algunos autores. Los análisis impresionistas suelen conducir a impresiones equivocadas.<sup>93</sup> Se trataba en realidad de la tensión existente entre un sentimiento antinorteamericano generalizado en la clase política, incluida la oposición radical, y ciertas medidas "pragmáticas" que el gobierno adoptaba empujado por las difíciles circunstancias internas e internacionales.

El préstamo del Exim-Bank y la ratificación del TIAR han sido interpretados retrospectivamente por una buena parte de la bibliografía como una estricta negociación "quid pro quo": el gobierno estadounidense habría "salvado financieramente" al régimen peronista en bancarota a cambio de su subordinación estratégica a los EE.UU. El préstamo significaba así una concesión norteamericana estrictamente condicionada a la abdicación por parte del gobierno argentino de sus planteos estratégicos.<sup>94</sup>

Sin embargo, esta explicación resulta parcial, tanto para dar cuenta de los propios hechos de 1950 como de la evolución ulterior de las relaciones bilaterales. Existían, en verdad, del lado norteamericano poderosas razones que hacían deseable brindar una asistencia financiera a la Argentina. A los motivos vinculados con el interés de tener en Perón un posible aliado en vista de las necesidades estratégicas de los EE.UU., se sumaban otros de orden económico que imponían la ayuda a los propios exportadores norteamericanos y la defensa y ampliación del mercado argentino aprovechando el debilitamiento de la influencia británica. "Debido a la presión de los exportadores, el Departamento de Estado reconcilió sus puntos de vista con los del Pentágono" señalaba con agudeza una publicación del país del Norte.<sup>95</sup>

Del lado argentino, el préstamo del Exim-Bank, que implicaba para el gobierno peronista un costo interno en términos de prestigio político y de endeudamiento financiero posterior, se concretó, como señala R. Giacalone, cuando la posición en dólares de la Argentina iba mejorando rápidamente como resultado del incremento de sus exportaciones a EE.UU. y mientras el gobierno realizaba simultáneamente compras de oro. Esto sólo puede ser explicado por la urgencia argentina para garantizar la continuidad de las importaciones de bienes y

92. Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, Buenos Aires, 1950, T. 1, pp. 508-509; "Historia del Peronismo", en *Primera Plana*, 21/6/1966, p. 36.

93. Cf. C. Escudé, "La ratificación...", *op. cit.*, pp. 13-14.

94. Ver por ejemplo, C. Escudé, *op. cit.*; F. Luna, *Perón y su tiempo*, T. II (Buenos Aires, 1985), A. Withaker, *op. cit.*

95. Cf. R. A. Giacalone, *op. cit.*, p. 250.

equipos requeridos por el proceso de industrialización, en momentos en que la situación internacional hacía pensar a los funcionarios argentinos en la posibilidad cercana de una tercera guerra mundial. El temor a que un nuevo conflicto bloqueara las posibilidades argentinas de acceder al mercado norteamericano, repitiendo las experiencias de las guerras anteriores, condujo al gobierno peronista a aceptar las condiciones para la liquidación de la deuda comercial impuestas por los EE.UU.<sup>96</sup>

La aprobación del TIAR, acelerada por el estallido de la guerra de Corea, implicó ciertamente ceder a las presiones del Departamento de Estado. Pero la decisión se anclaba en la percepción dominante de que el conflicto asiático era el prólogo de una conflagración generalizada y en la aspiración a no quedar al margen del mercado norteamericano, en momentos en que la coyuntura bélica facilitaba las exportaciones argentinas hacia ese destino.

### *El mejoramiento de las relaciones económicas*

Efectivamente, el curso de las relaciones económicas a partir de la guerra de Corea pareció justificar las previsiones del gobierno peronista. La conducción económica tomó medidas de emergencia reservando 500 millones de pesos en divisas para obtener materias primas e insumos semielaborados para la industria. En agosto hubo una nueva devaluación y se modificaron algunos tipos de cambios. Las relaciones comerciales con Washington prosperaron. Como resultado de las negociaciones del Comité Conjunto el mercado norteamericano se había comenzado a abrir a las exportaciones argentinas. Sin embargo, el país del Norte no levantó las barreras que se oponían a la entrada de carne de Tierra del Fuego, y la incidencia de la Argentina como proveedor de los EE.UU. siguió siendo muy reducida. Las importaciones de origen argentino se elevaron del 1,5% de las compras totales norteamericanas en 1949 al 2,2% en 1950 y el 2% en 1951, volviendo a bajar posteriormente (ver Cuadro 3).

---

96. Cf. *Idem Ibidem*, pp. 255-265

**CUADRO 3**  
**Importaciones estadounidenses**  
**Incidencia de Argentina como proveedor**  
**(en millones de u\$s)**

	Importaciones totales  (1)	Importaciones desde Argentina (2)*	Incidencia  (3) [(2)/(1)] x 100
1938	1.950	42	2,1
1947	5.643	146	2,6
1948	7.092	184	2,6
1949	6.598	102	1,5
1950	8.743	198	2,2
1951	10.817	217	2,0
1952	10.745	165	1,5
1953	10.777	182	1,7
1954	10.240	106	1,0
1955	11.337	127	1,1
1956	12.516	131	1,0

Fuente: *Yearbook of International Trade Statistics*, ONU, 1956.

\* Estas cifras de importaciones difieren de las cifras de exportaciones hacia EE.UU que brinda la Dirección de Estadísticas y Censos de la Argentina

Fue sobre todo a causa de las necesidades creadas por la guerra que las ventas a Norteamérica experimentaron un crecimiento substancial. Estas más que duplicaron las cifras del año anterior, saltando del 10,7% al 20,4% del total de exportaciones argentinas en 1950. Dicho incremento estaba sustentado en un número reducido de rubros: la carne conservada, la lana, los cueros, el extracto de quebracho y el aceite de lino (ver Cuadro 4). Debido a la drástica reducción de importaciones operada por el equipo económico y al alza que experimentaron en un principio los bienes primarios debido a la guerra, la balanza comercial argentina volvió a ser positiva y también el intercambio con EE.UU.

## CUADRO 4

Relación entre volúmenes exportados a EE.UU. y volúmenes totales,  
en un grupo representativo de productos (1945-1951)

(En %)

	Cebada	Carne Conser- vada	Lana Lavada	Lana Sucia	Cueros Vacunos Salados	Aceite de Lino	Extracto de Quebracho
1945	0,9	14,6	54,9	82,7	8,7	74,2	45,6
1946	-	-	33,9	66,6	13,3	19,1	33,7
1947	1,0	11,5	23,7	64,5	23,0	27,4	52,4
1948	0,3	60,4	33,7	70,2	2,6	-	45,0
1949	-	29,6	48,2	60,4	4,0	-	28,1
1950	-	60,8	50,7	59,1	17,7	1,3	39,8
1951	-	57,7	40,2	44,8	21,6	-	42,0

Fuente: Dirección Nacional de Estadísticas y Censos.

Este pasó a ser el primer comprador mundial de los productos argentinos, posición que conservó hasta 1953, superando por primera vez a Gran Bretaña (aunque no a los países de Europa Occidental tomados en conjunto). Se creó así un nuevo tipo de relación comercial, que constituyó a los ojos de los contemporáneos un cambio significativo, destinado a perdurar. En un libro, escrito en 1953, A. Withaker concluía: "(EE.UU.) ha demostrado su capacidad para absorber un gran volumen de la producción básica argentina de exportación. Este hecho acabó con un clisé que había dominado mucho tiempo —con buenas razones años atrás— la discusión de las relaciones entre ambos países, a saber, que sus economías eran competidoras en tal alto grado que los Estados Unidos no podía ofrecer ningún mercado para los principales productos de exportación argentinos". El autor agregaba que las compras de carne envasada, que en 1952 llegaron al 30% del total de las compras norteamericanas, excediendo en un 50% al valor de la carne comprada por Gran Bretaña, invalidaban también la frase hecha de que Norteamérica nunca compraría carne argentina.<sup>97</sup>

Además, como se ha señalado, EE.UU. había pasado a ser el principal inversor extranjero en el país del Plata aunque esto se debía, sobre todo, a la drástica reducción de la presencia británica pues, en lo inmediato, el flujo de nuevos capitales estadounidenses siguió siendo muy limitado. También recuperó su papel de principal proveedor, revirtiendo la tendencia del año 1949 en el que

97. A. Withaker, *op. cit.*, p. 219.

había sido superado por el Reino Unido y pasando en 1951 y 1952 a cubrir un 20,9% y un 18,4% del total de las importaciones argentinas.

El mejoramiento de las relaciones comerciales con Washington fue paralelo al estancamiento y ruptura de las negociaciones argentino-británicas. La ampliación del mercado para la carne argentina condujo al gobierno de Buenos Aires a endurecer sus posiciones frente al Reino Unido, mientras se brindaban subsidios a los frigoríficos para la utilización de carne de mejor calidad, destinada originariamente al enfriado, en la preparación de conservas. Los tradicionales lazos económicos anglo-argentinos se iban aflojando poco a poco para consternación de aquellos sectores que a uno y otro lado del Atlántico habían cimentado esa relación. Mientras los británicos expresaban su malestar por los acuerdos del gobierno de Buenos Aires con las compañías petroleras norteamericanas y por otros aspectos de la política económica internacional del país, la Sociedad Rural Argentina llamaba a “no romper con el abastecedor responsable”.<sup>98</sup>

La suspensión de las negociaciones anglo-argentinas fue evaluada por la embajada de EE.UU. como una situación “extremadamente peligrosa para la solidaridad internacional”; sin embargo, los funcionarios del Departamento de Estado se mostraron cautos, considerando “poco deseable intervenir, aún extraoficialmente”.<sup>99</sup>

Por el contrario, la política del gobierno peronista de diversificar mercados hacia Europa Occidental, visible en 1949, se mantuvo y profundizó. El acuerdo alcanzado por Remorino con Alemania Occidental en junio, simultáneo con las negociaciones de Cereijo en los EE.UU., y el interés manifestado por Francia e Italia en incrementar sus compras en la Argentina y venderle a crédito, reflejaron una tendencia duradera que, a lo largo de la década de 1950 y como resultado de la recuperación europea, se manifestaría en el incremento de las inversiones de ese origen y en su consolidación como principal mercado de las exportaciones hasta fines de la década de 1960.<sup>100</sup>

También se reactivó la política de acuerdos bilaterales con los países del cono sur, mejorándose, sobre todo, el intercambio con Chile, al tiempo que se estimuló la formación de un bloque para defender los precios de las materias primas frente a la ofensiva de los países industrializados para garantizar y controlar el acceso a materiales estratégicos.<sup>101</sup>

### *Un nuevo viraje: el enfriamiento de 1951 y 1952*

En el momento mismo en que la ratificación del TIAR y el éxito de las negociaciones económicas parecían gestar, para los funcionarios del Departa-

98. Cf. *Financial Times*, 28/8/1950; P. Santos Martínez, *La nueva Argentina, 1946-1955*, T. II, (Bs. As., 1980), p. 109.

99. Griffis a Acheson, 9/8/1950, *op. cit.*

100. Cf. Martín al Departamento de Estado, Bs. As., 22/9/1950, USNA, DS, 611.354/9-2250.

101. A. Gómez Morales, “Curso...”, *op. cit.*, pp. 23-99.

mento de Estado, una asociación duradera del gobierno de Perón con los objetivos económicos y estratégicos de los EE.UU., la repercusión de la guerra de Corea, cuyo desencadenamiento coincidió con el punto culminante de la aproximación de 1950, provocó una espiral de conflictos políticos y diplomáticos de grandes consecuencias en las relaciones bilaterales.

La guerra puso al régimen peronista en una difícil posición entre sus vínculos con EE.UU., sus apoyos internos y sus principios doctrinarios. El embajador Remorino había comunicado enseguida a Dean Acheson que la Argentina apoyaba la acción de EE.UU. en Corea y los motivos que la generaban. El país del Norte, por su parte, buscaba multilateralizar la política de intervención en la nación asiática. Así, bajo la presión de Washington, el 7 de julio el Consejo de Seguridad exhortaba a los miembros de la ONU a disponer tropas bajo un comando unificado dirigido por los EE.UU.

Los hechos que se produjeron en la Argentina a raíz de esta situación son conocidos aunque no han sido aún completamente esclarecidos.<sup>102</sup> Ante un pedido explícito de tropas por parte del secretario de la ONU, Trygve Lie, el canciller Paz habría planteado a Perón la necesidad de prestar alguna colaboración, a lo que el presidente, al parecer, habría accedido. Se prepararon documentos en la cancillería y se envió una respuesta a Lie. El intercambio de notas diplomáticas fue hecho público. Corrían rumores de que la fuerza aérea realizaba maniobras vinculadas con su preparación para intervenir en el conflicto.

Pero eso dio lugar a manifestaciones populares callejeras que, comenzando en los talleres ferroviarios de Pérez, cerca de Rosario, se generalizaron a esta ciudad y a Buenos Aires, expresando el descontento frente a la rumoreada decisión gubernamental, que tuvo amplio eco no sólo en sectores de la oposición sino también en las propias filas peronistas, particularmente entre los trabajadores. En la noche del 17 al 18 de julio Perón, imprimiendo un brusco giro, decidió no enviar tropas. Trasladándose a Rosario, planteó en un discurso que se haría lo que el pueblo quería y no se derramaría sangre argentina en el conflicto asiático. En la percepción del embajador norteamericano, parecía haberse levantado "un nido de avispas de oposición, huelgas y demostraciones de toda clase contra el envío de tropas argentinas a Corea". A este respecto, el ex-canciller Paz ha afirmado que ésa fue la única oportunidad en que la actividad del ministerio bajo su gestión fue condicionada directamente por la influencia y el poder de presión que los sectores obreros tenían en el régimen peronista.<sup>103</sup>

102. Cf. J. A. Lanús, *De Chapultepec al Beagle: Política exterior argentina, 1945-1980* (Bs. As., 1984), pp. 80-88; F. Luna, *op. cit.*, pp. 71-94.

103. Griffis a Miller, Bs. As., 20/7/1950, USNA, DS, 611.35/7-2050; entrevista a H. J. Paz, HOPEA, *op. cit.*, p. 16. También habría incidido en la decisión gubernamental la oposición de sectores de las fuerzas armadas, particularmente Sosa Molina, al envío de tropas. Cf. J. A. Lanús, *op. cit.*, p. 122.

Los funcionarios del Departamento de Estado, que aún celebraban como un logro —tal vez prematuramente— la ratificación del TIAR, esperaron que la situación pudiera ser paliada gestionando otras alternativas, como el envío de compañías de voluntarios.<sup>104</sup>

Pero este desencuentro con los objetivos político-estratégicos de los EE.UU. marcó el inicio de un progresivo distanciamiento del gobierno de Perón respecto de las posiciones del país del Norte, correlativo con la profunda conmoción que había producido en la sociedad argentina el anterior proceso de negociaciones. El presidente volvió a reiterar en repetidas ocasiones, incluidas reuniones con oficiales de las fuerzas armadas, la adhesión de su gobierno a la doctrina de la tercera posición; manifestaciones que, amplificadas por la prensa oficialista, fueron profundizando la brecha abierta en las relaciones bilaterales. “Franca-mente, —escribía el 5 de agosto Edward Miller al embajador en Buenos Aires— este tipo de declaraciones de Perón, si continúan, va a hacernos imposible seguir en el curso en que nos hemos embarcado... Está muy bien por su parte el mandarme cartas (clasificadas como confidenciales) con su siempre viva devoción a la causa de los EE.UU., pero éste es un pequeño consuelo cuando sus declaraciones públicas son contradictorias con sus afirmaciones en privado”.<sup>105</sup>

Pero no se trataba sólo de declaraciones. A mediados de agosto la Argentina canceló un pedido de equipos militares para el que se le había concedido un crédito de 5 millones de dólares, autorizado por el gobierno norteamericano luego de la ratificación del TIAR.<sup>106</sup>

La toma de distancias se reflejó también en las posturas diplomáticas adoptadas por la Argentina a medida que avanzaba la guerra de Corea. El 19 de septiembre Perón le expresaba al embajador Griffis que, aún considerando inevitable una guerra mundial, no creía que ésta fuera una perspectiva inmediata y reiteraba su opinión de que la manera más aconsejable para contener al comunismo era eliminar su actividad en cada país y no una guerra con Rusia.<sup>107</sup> A principios de octubre, cuando la asamblea de la ONU aprobó la autorización para que las tropas bajo su bandera cruzaran al norte del paralelo 38 en Corea, la Argentina se abstuvo, reiterando esta posición (acompañada sólo por la India) al votarse la resolución “unión Pro-Paz” que invitaba a cada país a alistar tropas especiales para actuar como unidades de la ONU. Más

104. Desechada esta posibilidad, que Remorino se había comprometido a lograr, la contribución argentina se redujo a un ofrecimiento de carne enlatada y refrigerada. Cf. Griffis a Acheson, Bs. As., 17/7/1950, USNA, DS, 735.00/7-2650. Por otra parte, excepto Canadá y Colombia ningún otro país americano envió finalmente tropas a Corea.

105. Miller a Griffis, Washington, 5/8/1950, USNA, DS, 611.35/8-550.

106. Cf. Memorandum de Miller, 26/7/1950, FRUS, 1950, Vol. II, p. 729. Recién en 1951 se concretarían compras limitadas de suministros militares y dos naves de guerra.

107. Cf. Griffis al Departamento de Estado, Bs. As., 19/9/1950, USNA, DS, 611.35/9-1950.

adelante, en la conferencia de cancilleres americanos de Washington, en marzo de 1951, el gobierno de Buenos Aires, aún conservando en general un bajo perfil debido a las presiones internacionales por el cierre del diario *La Prensa*, procuró que no se comprometiera a los países de la región a alinearse con “una tendencia de las Naciones Unidas” y se opuso a asumir compromisos militares bajo un comando supranacional.<sup>108</sup>

Hacia fines de 1950, debatiéndose el posible uso de la bomba atómica, los gobiernos europeos mostraron reparos y comenzaron a distanciarse de la estrategia norteamericana. La URSS, por su parte, intervenía sólo diplomáticamente. La “antesala de la tercera guerra mundial” se había transformado, en verdad, en una intervención norteamericana en Asia, frente a la cual el gobierno peronista, aunque evitando actitudes frontales, fue tomando distancias.

También en el plano de las relaciones económicas, pese a la considerable mejoría de las mismas, el distanciamiento con Washington se manifestó en el estancamiento de las negociaciones en curso y en un relativo cambio de actitud del gobierno peronista respecto del rumbo conciliador predominante en la primera mitad del año. No se concretaron acuerdos adicionales de más largo plazo respecto al aprovisionamiento petrolero, pese a las gestiones de empresarios y diplomáticos. El gobierno argentino tampoco aceptó las propuestas que le presentaba la American Foreign Power. Del mismo modo, las empresas frigoríficas, que habían logrado buenas condiciones para la exportación de sus productos, no consiguieron, a pesar del interés personal de Dean Acheson al respecto, ulteriores concesiones referidas a los precios en el mercado interno y a otros temas. En octubre, concluían sin éxito negociaciones bilaterales sobre rutas aéreas.<sup>109</sup>

El acuerdo respecto de la doble tasación se concretó pero las conversaciones sobre un nuevo tratado de comercio e inversiones languidecieron a pesar de las presiones de los diplomáticos norteamericanos, encontrando diversos obstáculos en los ministerios vinculados al tema. En septiembre, con el objetivo expreso de favorecer la inversión de capitales extranjeros, el gobierno decretó la posibilidad legal para las empresas de remitir dividendos por un monto de hasta un 5% sobre el capital invertido. Sin embargo, los diplomáticos norteamericanos registraban la existencia de posiciones encontradas a este respecto en el seno del gobierno argentino y señalaban que la limitación del 5% anulaba el propio objetivo de la medida. Por otra parte, los llamados “atrasos financie-

108. Cf. IV Reunión de consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas. Informe del Departamento Político del MREC, 15/1/1951, AMREC; J. A. Lanús, *op. cit.*, pp. 84-88; J. Child, *Unequal Alliance: the interamerican military system, 1938-1978*, pp. 122-123.

109. Cf. Birgfield a Warren, Montevideo, 5/12/1950, FRUS, 1950, Vol. II, pp. 739-743; Acheson a la embajada en Buenos Aires, 12/12/1950, *ibidem*, p. 743.

ros" siguieron de hecho sin liquidarse. Más de un año después, una asociación de inversores en la Argentina reclamaba al Departamento de Estado por lo que consideraba un compromiso vinculado a la concesión del préstamo del Exim-Bank y no cumplimentado por el gobierno de Perón.<sup>110</sup>

Tampoco se concretó, como esperaba Washington, la adhesión argentina al FMI, el GATT y otros organismos internacionales.<sup>111</sup>

En simetría con el retorno de los acentos antinorteamericanos en la política argentina se reactivó en los EE.UU. la oposición al régimen peronista, combinándose con fuertes cuestionamientos a la táctica negociadora desarrollada por el Departamento de Estado. Con un tono muy crítico Félix Weil, que había escrito unos años antes un libro de gran repercusión sobre el país del Plata, afirmaba en un artículo que el presidente argentino había convencido a los funcionarios de Washington que él representaba el "mal menor" y alertaba: "Perón no puede ser comprado o alquilado con dinero americano. A lo sumo puede ser rentado por un instante".<sup>112</sup> Pero, sobre todo, desde las páginas del *New York Times* y de otros periódicos comenzó a desatarse una campaña para lograr la calificación de la Argentina como país totalitario, según una nueva ley federal de seguridad. La ofensiva antiperonista ponía en aprietos al Departamento de Estado, como se reflejó a principios de 1951 en las reuniones del Council on Foreign Relations, organismo con sede en Nueva York. Allí, Edward Miller debió defender las posiciones oficiales frente a quienes planteaban que la concesión del préstamo del Exim-Bank había salvado a Perón de un derrocamiento. El Secretario Asistente para Asuntos Latinoamericanos afirmó que, aún sin el préstamo, la situación económica argentina hubiera mejorado, mientras las posibilidades de una caída del gobierno argentino eran remotas, dado el apoyo popular con que contaba y la debilidad de la oposición. Entre los que favorecían una posición de mayor dureza por parte de los EE.UU. se encontraba nuevamente el ex-embajador Braden, quien ahora advertía que Perón, si se le presentaba la oportunidad, "jugaría el juego de Stalin".<sup>113</sup>

De todos modos, el Departamento de Estado perseveró en su táctica diplomática conservando relaciones correctas pese al incremento en los niveles de conflicto entre los dos países. Jugaba en ello el propio balance de las actitudes

110. Cf. National Foreign Trade Council a Miller, 10/1/1952, USNA, DS, 611.35231/1-1052.

111. Cf. Warren a Miller, Washington, 14/2/1951, USNA, DS, 611.35/2-1451.

112. F. J. Weil, "Can Perón be bought?", en *Inter-American Affairs*, Otoño 1950, Nº 2. Weil, que vivió muchos años en la Argentina y colaboró en tareas gubernamentales en ese país había publicado en 1944, *Argentine Riddle*.

113. *Argentina Today*, Council on Foreign Relations, Nueva York, 2/1/1951, USNA, DS, 611.35/3-151. La crítica frente a la llamada línea de "apaciguamiento" hacia Perón por el Departamento de Estado en 1950 se actualizaría durante la presidencia de Eisenhower, cuando se abrió una nueva etapa de negociación entre los dos países. Cf. H. Warren, "Diplomatic relations between the United States and Argentina", *Inter-American Affairs*, Invierno 1954, Nº 3.

de Perón por parte de los funcionarios norteamericanos. A fines de agosto el embajador Griffis afirmaba que como consecuencia de la conmoción social y política despertada por el caso coreano "Perón, simplemente, perdió el control de sus nervios y sintió que era mejor poner a la nación nuevamente de su parte". "Temo que éste es el Perón real —sostenía Griffis— que siempre priorizará su propio interés en cada crisis... todo es muy triste".<sup>114</sup>

Este análisis se ajustaba a la caracterización que hacían del régimen peronista los diplomáticos norteamericanos: no era, para ellos, una dictadura absoluta; los trabajadores constituían la fuente más importante del poder de Perón y a la vez su principal limitación, lo que, sumado a las tendencias nacionalistas extremas de ciertos sectores del partido en el gobierno, podía explicar las actitudes políticas del líder argentino. De este modo, quienes acusaban a aquél por no respetar la libre expresión de la oposición restringiendo la libertad de prensa, lamentaban su carácter "hipersensible" frente a los sentimientos antinorteamericanos de sus propios seguidores, a los que reconocían como una importante mayoría de la población.<sup>115</sup>

Esta percepción sobre la naturaleza del régimen peronista se revela mucho más penetrante que la de algunos análisis históricos posteriores que explican los virajes de Perón en términos de una incoherencia política atribuida a factores subjetivos o individuales. Así ciertos autores vinculan esos cambios a elementos irracionales originados en la propia personalidad del líder carismático.<sup>116</sup> Otros, luego de señalar la imposibilidad de la tercera posición y el nacionalismo autárquico, explican el "extenuante tira y afloje" de Perón con los EE.UU. por la necesidad de conservar su prestigio personal.<sup>117</sup>

De todas formas, los ataques y réplicas en los medios periodísticos de ambos países en la segunda mitad de 1950 condujeron a un salto cualitativo en la espiral del conflicto hacia principios de 1951. Una importante huelga ferroviaria alentada por la oposición, llevó al boicot que, con evidente apoyo oficial, realizó el gremio de "canillitas" contra el diario *La Prensa*, fuertemente antigubernamental y con estrechas vinculaciones con las agencias de prensa norteamericanas. Como es conocido estos hechos desembocaron en el cierre y posterior expropiación del matutino porteño, lo que constituyó un punto clave en el proceso de enfriamiento político en las relaciones bilaterales que, ni la visita del ex-embajador Messersmith, como vocero oficioso del Departamento de Estado, ni la posterior de Edward Miller —quien encontró una recepción

114. Griffis a Miller, Bs. As., 25/8/1950, FRUS, *op. cit.*

115. Cf. Policy Statement, Argentina, 26/10/1951, USNA, DS, 611.35/10-2651; Mallory al Departamento de Estado, Bs. As. 22/1/1951, USNA, DS, 611.35/1-2251.

116. Cf., por ejemplo, la interpretación de C. Escudé en sus distintos trabajos. En "La ratificación argentina del Tiar..." *op. cit.*, este autor afirma al respecto: "Perón era un representante digno del 'realismo mágico' de la literatura de nuestro continente..." (p.10).

117. Cf. F. Luna, *op. cit.*, t. II, p. 92.

mucho más fría que la del año anterior—pudieron paliar. Si bien las relaciones no se retrotrajeron al nivel de la década de 1940, manteniéndose diplomáticamente en un terreno de corrección, se produjo un considerable repliegue respecto a la aparente armonización del primer semestre de 1950.

En los dos años siguientes el conflicto en torno a la libertad de prensa en la Argentina siguió siendo muy agudo, mientras que las negociaciones económicas permanecieron estancadas. Se aproximaba el fin del segundo mandato de Truman y del primero de Perón, hechos ambos que influyeron decisivamente en el nuevo curso de las relaciones. En el caso de Perón, porque la situación interna lo empujaba a esgrimir un filo nacionalista y antinorteamericano y volver en parte a los tópicos políticos de 1945. En lo que respecta al gobierno norteamericano, debido a que las elecciones en EE.UU. se presentaban inciertas para los demócratas y el mismo Truman no continuaría en su cargo. Esto volvía a la administración más permeable a las críticas internas contra el régimen peronista y la política de “apaciguamiento” desplegada por el Departamento de Estado.

Parecía que la aproximación de 1950 había sido un experimento fugaz. Sin embargo, respondía a tendencias profundas, emergentes de la nueva posición internacional de la Argentina. La quiebra del tradicional esquema triangular, las necesidades del proceso de industrialización y las dificultades externas que ocasionaba el nacionalismo económico peronista llevaban a buscar otro modo de relacionamiento con los Estados Unidos. Por eso, la agravación de la crisis económica, en 1952, condujo al gobierno de Perón a un nuevo cambio respecto a sus posiciones iniciales. El plan de estabilización de ese mismo año inauguró una política que, considerando limitadas las condiciones de acumulación interna, estimaba imprescindible la inversión de capitales extranjeros para proseguir el desarrollo industrial. A la vez, se renunciaba a los primeros planteos respecto al agro, privilegiando los estímulos a este sector y subrayando la importancia del mismo como proveedor de las divisas necesarias para el desarrollo nacional.

En los Estados Unidos, la elección del general Eisenhower, el candidato republicano, implicó nuevas perspectivas en la orientación económica y estratégica del país del Norte hacia América Latina, que abrirían el camino a la necesidad de recomponer las relaciones con la Argentina. En este sentido, la visita de Milton Eisenhower, hermano del presidente, en julio de 1953, y la ley de inversiones extranjeras dictada por el gobierno argentino ese mismo año, serían signos de una nueva etapa en las relaciones bilaterales que retomaría con más fuerza los planteos básicos de las negociaciones de 1949-1950.

## Conclusiones

Esas negociaciones revelan la complejidad y el carácter contradictorio de la inserción internacional de la Argentina en los primeros gobiernos peronistas; muestran también la inconsistencia de aquellas interpretaciones que destacan como factor predominante las decisiones subjetivas de los sectores dirigentes.

Su estudio nos obliga asimismo a replantear la periodización tradicional que marca dos etapas netamente diferenciadas en las políticas económica y exterior del peronismo, particularmente en lo que se refiere a las relaciones con Washington.

La aproximación de 1950 representó, sin duda, un cambio significativo en varios sentidos, pero no implicó una drástica ruptura con el pasado. En el conflictivo período previo el peso económico e internacional de los EE.UU. y sus percepciones estratégicas, por un lado, y el propio carácter del proyecto industrialista del peronismo, por otro, dejaron tendidos puentes de negociación (vg. la relación Perón-Messersmith) e incrementaron el flujo de importaciones norteamericanas hacia la Argentina, creando algunas de las condiciones del viraje posterior. A la vez, éste no llegó a eliminar los principales obstáculos que trababan los vínculos bilaterales, determinados por las tendencias históricas, la naturaleza de la sociedad argentina y del régimen peronista, y la propia lógica interna y externa de la política norteamericana.

Del lado argentino jugaban a favor de un acercamiento factores de largo plazo y necesidades coyunturales. Entre los primeros los más importantes eran la quiebra del triángulo argentino-norteamericano-británico, representado por la inconvertibilidad de la libra, y las mismas limitaciones del proceso de industrialización. Entre los segundos, la crisis económico-financiera, expresión en parte del techo alcanzado por las reformas peronistas, y de los cambios en la situación internacional como consecuencia de la acentuación del esquema bipolar y la nueva orientación de las corrientes comerciales mundiales.

Del lado norteamericano conducían a una política más conciliatoria razones de índole económica y estratégica. Las perspectivas creadas por el próximo fin del Plan Marshall y la recuperación económica europea renovaban el interés por los mercados latinoamericanos, entre los cuales jugaba todavía un rol destacado el país del Plata. La agudización de la guerra fría, cuyo punto culminante en esa época fue el conflicto de Corea, llevaba a fortalecer el sistema interamericano bajo la hegemonía de los EE.UU. y, por ende, a intentar incorporar a este esquema a un gobierno por el que no tenían demasiadas simpatías pero al que percibían sólido internamente, haciéndolo abdicar de sus tendencias nacionalistas.

Sin embargo, no eran menores las fuerzas que se oponían a una mejora en las relaciones. La no complementariedad de las economías argentina y nor-